



FACULTAD DE
**CIENCIAS
SOCIALES**
UNIVERSIDAD DE CHILE

ÁREA DE
TRABAJO SOCIAL

(RE)EMERGENCIA DE OLLAS COMUNES EN TIEMPOS DE COVID-19

Una paradoja entre riesgo y resiliencia comunitaria

Araceli Fernanda Aguilera Carvajal
Monografía para optar al título de Trabajadora Social
Núcleo I+D de Titulación Sistemas Territoriales Complejos
Profesora guía: Jenny Moreno
Facultad de Ciencias Sociales
Universidad de Chile

Santiago, lunes 30 de noviembre 2020.

ÍNDICE

ÍNDICE	1
RESUMEN	2
INTRODUCCIÓN	3
CONTEXTUALIZACIÓN	5
DESARROLLO	6
1. Premisa de trabajo	6
2. Marco conceptual	7
2.1 Teoría general del riesgo	7
2.2 Enfoque de la resiliencia	9
2.3 Pandemia COVID-19 como desastre socionatural	10
2.3.1 Factores de vulnerabilidad frente a la pandemia COVID-19	12
2.4 Ollas comunes como estrategia de subsistencia	14
2.4.1 Aspectos históricos de las ollas comunes en Chile	14
2.4.2 Ollas comunes en contextos de crisis políticas y de desastres en Chile	15
METODOLOGÍA	16
DISCUSIÓN	20
1. Pandemia COVID-19 y condiciones antecedentes del territorio	20
2. Respuesta gubernamental de protección social ante COVID-19	21
2.1 Aspectos críticos de la respuesta gubernamental	23
3. Re(emergencia) de ollas comunes: activación de estrategias de resiliencia comunitaria y la paradoja frente al riesgo	24
3.1 Organización como factor de resiliencia comunitaria	26
3.2 Pandemia: carencia de condiciones básicas y la incertidumbre del hambre	26
3.3 Intervención gubernamental frente a condiciones de vulnerabilidad	28
4. Entre riesgo y resiliencia comunitaria: mirando hacia la salida de la paradoja	29
CONCLUSIONES	30
AGRADECIMIENTOS	32
BIBLIOGRAFÍA	33

RESUMEN

La pandemia COVID-19 vivida durante el año 2020 ha requerido de medidas que tengan como objetivo contener la expansión del contagio, siendo una de ellas la cuarentena total decretada en diferentes zonas de Chile, con el fin de reducir la movilidad. Una medida de este carácter requiere que las personas tengan garantizadas sus necesidades básicas para poder cumplir con el confinamiento. Frente a esto, el gobierno chileno ha adoptado algunas iniciativas en el ámbito de Protección Social. No obstante, estas se vuelven insuficientes en tanto que hay sectores segregados territorialmente y en donde se concentra mayor pobreza y condiciones de vulnerabilidad, que se ven agudizadas por los efectos que trae consigo la crisis sanitaria y social. Ante esto, se desarrollan estrategias comunitarias, tales como las ollas comunes. Estas se llevan a cabo para subsistir durante esta situación de desastre, activando la resiliencia comunitaria y haciendo frente a la insuficiente respuesta gubernamental. La movilización de esta capacidad de resiliencia y la (re)emergencia de ollas comunes cumplen con el objetivo principal de satisfacer la necesidad de alimentación. Sin embargo, en contexto de pandemia se constituyen también como un riesgo de contagio y expansión del virus.

El objetivo de este documento es realizar un breve análisis contextual local respecto de condiciones de vulnerabilidad y resiliencia para luego, a partir de ello, observar cómo las ollas comunes, en tanto estrategias de subsistencia, se mueven en una paradoja entre riesgo y resiliencia comunitaria. Lo anterior se realizará a partir de la consideración de elementos conceptuales del modelo Disaster and Resilience of Place [DROP] y algunas experiencias de ollas comunes en sectores del Gran Santiago que se encuentran en situación de mayor vulnerabilidad frente a este contexto.

INTRODUCCIÓN

La teoría general del riesgo plantea el análisis sobre el riesgo ante desastres siconaturales, a través de una comprensión de ellos como construcciones sociales que emergen frente a fenómenos naturales y/o antrópicos, que se convierten en amenazas cuando se dan en contextos de vulnerabilidad. Teniendo en cuenta estas nociones, el riesgo sería un fenómeno que se puede controlar y predecir, posibilitando la toma de decisiones respecto de él (Mardones, 2014 en Urquiza, Campos, Cortés, Cárdenas y Palacios, 2018).

Desde el enfoque de resiliencia, las personas y comunidades víctimas de un desastre no son sujetos pasivos, sino que se posicionan como agentes activos (Moreno, 2018). Esta agencia se relaciona directamente con las capacidades o recursos que una comunidad posee para poder enfrentar este desastre (Moreno y Shaw, 2019).

La enfermedad del COVID-19 es detectada a partir de sus primeros casos a fines del año 2019 en Wuhan, China, iniciando una pandemia que se ha extendido mundialmente. Considerando la definición de desastre como una interrupción grave de la rutina y el funcionamiento diario de una sociedad, debido al impacto de un evento físico-material o biológico adverso, entonces el COVID-19 y la pandemia asociada calificarían como un desastre expresado y sufrido a escala global, nacional, regional y local (Lavell y Lavell, 2020). Estos autores hacen énfasis en el carácter social del riesgo, en tanto que es la sociedad quien construye el riesgo y su interpretación. El virus es el mismo en cualquier parte del mundo, sin embargo, las sociedades responden de manera diferenciada a él.

Ante este contexto, los Estados deben adoptar un rol activo que responda ante la emergencia sanitaria y las consecuencias económicas y sociales que ella trae. La Organización Mundial de la Salud [OMS] (1999) sostiene que experiencias pasadas mostraron la necesidad de tener planes de contingencia flexibles que sean capaces de responder eficientemente a pandemias. En el caso del gobierno chileno, se adopta el Plan de Acción por Coronavirus, que contiene medidas de diversas áreas: Estado de Excepción Constitucional, toques de queda y protección social, entre otras (Secretaría de Comunicaciones - MSGG, 2020). Sin embargo, esto ha sido insuficiente, ya que hay necesidades básicas que no han sido aseguradas, como la alimentación.

Por otra parte, las comunidades - desde su posición de agencia - reaccionan generando estrategias de resiliencia que les permitan hacer frente a las consecuencias de la pandemia. Una de estas son las ollas comunes. En un intento por buscar soluciones a múltiples necesidades básicas insatisfechas, los sectores populares recurren a variadas formas de respuesta y promueven iniciativas heterogéneas: las estrategias familiares de supervivencia, las redes de parentesco y/o redes sociales comunitarias (vecinales o barriales) de intercambio o ayuda, y las estrategias colectivas u organizadas de subsistencia (Hardy, 1987). Estas estrategias poseen un alto valor histórico y político, y reemergen desde la experiencia, memoria y aprendizaje de las comunidades como expresión de su resiliencia.

Dentro de este documento se problematiza cómo, en este contexto, las ollas comunes suponen también un riesgo, debido a que este evento tiene características particulares que

hacen que la comunidad se exponga a la vez que está intentando paliar los efectos de este desastre que afecta de forma diferenciada a la población, de acuerdo a sus condiciones de vulnerabilidad. De esta manera, la premisa que orienta este trabajo es:

En contexto de desastre por la pandemia COVID-19 y ante una insuficiente respuesta gubernamental, (re)emergen las ollas comunes como estrategias de resiliencia de las comunidades, cuya necesidad de alimentación no ha sido cubierta. Sin embargo, esta activación de resiliencia es paradójica, puesto que también se constituye como un riesgo.

Se realizará un análisis contextual que considerará algunos elementos del modelo Disaster and Resilience of Place [DROP] (2008) de manera de reconocer condiciones de vulnerabilidad y resiliencia del territorio en relación con la intervención gubernamental frente a la pandemia COVID-19. Así, se observará cómo estas condiciones antecedentes conducen a la (re)emergencia de ollas comunes y, a través de la recopilación de algunas experiencias en comunas del Gran Santiago, se pretende identificar elementos que las caractericen en el contexto actual y en los cuales se vea expresada esta relación paradójica entre riesgo y resiliencia comunitaria.

Este trabajo pretende generar un aporte para la discusión sobre Reducción del Riesgo de Desastres. Chile adhiere al Marco de Sendai aprobado el año 2015, en el cual los Estados acuerdan lineamientos y resultados a alcanzar en un plazo de 15 años, en torno a la prevención de nuevos riesgos de desastres y reducción de los existentes, implementando medidas integradas e inclusivas en distintas áreas, que contribuyan a la prevención y reducción de la exposición a amenazas y vulnerabilidad a los desastres, al aumento de preparación para respuesta y recuperación, reforzando la resiliencia (Naciones Unidas, 2015).

De esta manera, el aporte de este trabajo tiene que ver con la importancia de desarrollar un análisis del riesgo de desastre que incorpore los elementos y relaciones paradójicas que se expresan en las experiencias de ollas comunes. La observación de ello conducirá a lecciones que podrían potenciar una gestión del riesgo más adecuada.

Este documento posee un desarrollo que se estructura de la siguiente forma:

- CONTEXTUALIZACIÓN: breve caracterización de la pandemia COVID-19 a nivel nacional e internacional. Junto a ello, una introducción a cómo se ha dado esta emergencia sanitaria en Chile, la respuesta gubernamental y cómo a partir de necesidades que no han sido completamente resueltas -como la alimentación-, las comunidades desarrollan ollas comunes, las cuales deben ser adaptadas en función de este contexto.
- DESARROLLO: premisa que guía el trabajo y posicionamiento desde la teoría general del riesgo y un enfoque de resiliencia, a partir de los cuales se genera una comprensión de la pandemia COVID-19 como un desastre siconatural y las ollas comunes como estrategias de resiliencia comunitaria con factores de riesgo.
- METODOLOGÍA: métodos y principales fuentes consultadas para construir un análisis contextual de la pandemia COVID-19, y presentación del modelo Disaster and Resilience of Place [DROP], el cual facilita una lectura desde la vulnerabilidad y resiliencia respecto de la pandemia y la (re)emergencia de ollas comunes.

- DISCUSIÓN: breve análisis del contexto local en Chile, donde se considera la respuesta gubernamental y algunos de sus aspectos críticos. Se presenta una problematización respecto de la paradoja entre riesgo y resiliencia comunitaria que se expresa en la integración de experiencias de ollas comunes en sectores del Gran Santiago durante la pandemia. Finalmente, se integran los elementos que se rescatan de esta problematización, con miras hacia la salida de esta paradoja.
- CONCLUSIONES: síntesis de los contenidos tratados en el documento y reflexiones sobre las relaciones paradójicas que se evidencian en las ollas comunes como estrategias de resiliencia comunitaria, y lo que ello significa en términos de desafíos y oportunidades para la Reducción del Riesgo de Desastres y el Trabajo Social.

CONTEXTUALIZACIÓN

A fines de diciembre de 2019 se identificaron los primeros casos de neumonía de causa desconocida reportados a la Comisión Nacional de Salud de China. Todos los casos tenían en común haber asistido al mercado de Wuhan de ese mismo país. El 7 de enero de 2020, se identifica la existencia de un nuevo coronavirus. Posteriormente, el virus se denomina oficialmente con el nombre de Coronavirus 2 del Síndrome Respiratorio Agudo Severo (SARS-CoV-2), y la enfermedad que ocasiona se conoce como COVID-19 (División de Prevención y Control de Enfermedades, 2020). Esta cepa no se había presentado en humanos y presenta un alto nivel de contagiosidad mediante el contacto estrecho con personas infectadas, por lo que el virus se ha propagado rápidamente afectando a países de todos los continentes.

Hacia mediados de noviembre del año 2020, se registran cerca de 58,5 millones de personas contagiadas y cerca de 1,4 millones de personas fallecidas a nivel mundial (John Hopkins Center for Systems Science and Engineering, 2020). En Chile, se registran aproximadamente 531 mil casos totales de contagios y casi 15 mil fallecidos (Ministerio de Salud, 2020).

En el territorio chileno, el primer caso se registra el 3 de marzo de 2020 y desde allí, empieza a aumentar progresivamente la cifra de contagiados. A partir del día 15 de marzo, el gobierno comienza a anunciar medidas, entre ellas la suspensión de clases en todos los colegios, el cierre de todas las fronteras nacionales y declaración de Estado de Excepción Constitucional de Catástrofe, entre otras. El 25 de marzo se inicia la cuarentena total para 7 comunas de la Región Metropolitana y progresivamente, se va extendiendo en diferentes zonas del país. Actualmente, se está ejecutando el Plan Paso a Paso, una estrategia gradual para enfrentar la pandemia según la situación sanitaria de cada zona, con 5 pasos que van desde la Cuarentena hasta la Apertura Avanzada, cada uno con sus restricciones y obligaciones (Secretaría de Comunicaciones - MSSG, 2020).

Frente a este escenario de crisis, el gobierno de Chile establece el Plan de Acción por Coronavirus, en el cual se enmarcan todas las estrategias adoptadas frente a este contexto. Contiene el área de Red de Protección Social, cuyo objetivo es “enfrentar las consecuencias económicas de la emergencia sanitaria por coronavirus en el país, el gobierno ha tomado un conjunto de medidas para apoyar a las familias más vulnerables, proteger los empleos y ayudar a las Pymes” (Secretaría de Comunicaciones - MSSG, 2020).

Asimismo, y frente a este contexto de emergencia sanitaria y crisis, la población responde generando estrategias que les permitan cubrir las necesidades básicas que surgen debido a esta situación y que no han sido cubiertas. Una de ellas son las ollas comunes, que históricamente han aparecido como una estrategia de subsistencia que permite satisfacer la necesidad de alimentación. En el contexto actual, reemergen pero debiendo cumplir con una serie de medidas sanitarias que permitan llevarlas a cabo de forma segura.

Es por ello, que algunas entidades han presentado manuales de recomendaciones para realizar prácticas seguras en el desarrollo de las ollas comunes. El Colegio de Nutricionistas Universitarios de Chile (2020) sostiene que cualquier persona que participa elaborando alimentos en instancias como las ollas comunes, se considera como manipuladora de alimentos y, por lo tanto, es una pieza fundamental en la calidad de los productos y en que estos no generen problemas en la salud de quienes los consumen.

Esta institución señala que existe un protocolo a través del cual se puede realizar la apertura de ollas comunes y comedores populares. Dentro de él se detallan las formas de funcionamiento de las ollas comunes: con retiro de alimentación o con reparto de alimentación. Se plantea que es necesario hacer algunas definiciones para planificar y gestionar de mejor manera el desarrollo de la olla común, tales como el alcance de la olla común o comedor popular, un registro de beneficiarios que posibilitará la trazabilidad en caso de contagio de COVID-19, y definición de roles y espacios.

Se establecen también aspectos técnicos que se deben cumplir para mantener la inocuidad de los alimentos, hábitos de higiene que debe tener el personal operativo de ollas comunes - lavado de manos, ropa, pelo, elementos de protección personal, distanciamiento y no participar de la actividad en caso de presentar alguno de los síntomas vinculados al COVID-19-. También aspectos técnicos para la sanitización de alimentos y superficies. Dentro de ellos se encuentran desinfectantes, preparación de soluciones para superficies, y para frutas y verduras. Finalmente, se establecen aspectos técnicos para cada fase de producción en las ollas comunes, desde la recepción de productos hasta la distribución de raciones (Colegio de Nutricionistas Universitarios de Chile, 2020).

Así, las ollas comunes reemergen ante las consecuencias que ha traído la crisis social que genera la emergencia sanitaria y ante la insuficiencia de las iniciativas del gobierno. Mientras haya carencia por parte del Estado para garantizar condiciones mínimas de existencia - como la alimentación -, estrategias como las ollas comunes vienen a cubrir esta necesidad. Sin embargo, como afirman desde estas instituciones, hay un factor de riesgo que emerge en estas prácticas, el cual se problematizará en este trabajo.

DESARROLLO

1. Premisa de trabajo

En contexto de desastre por la pandemia COVID-19 y ante una insuficiente respuesta gubernamental, (re)emergen las ollas comunes como estrategias de resiliencia de las comunidades, cuya necesidad de alimentación no ha sido cubierta. Sin embargo, esta activación de resiliencia es paradójica, puesto que también se constituye como un riesgo.

A continuación, se establecerán los enfoques desde los cuales se sitúa este trabajo: teoría general del riesgo y enfoque de resiliencia, y luego se establecerán algunos conceptos que conducirán su desarrollo.

2. Marco conceptual

2.1 Teoría general del riesgo

Teniendo en cuenta la propuesta del Programa de Reducción de Riesgos y Desastres de la Universidad de Chile [CITRID] (2018) es necesario hacer la distinción riesgo/peligro, en la cual peligro refiere a amenazas que no se pueden controlar ni predecir, puesto que tienen como condición componentes geográficos y son causados por diferentes factores. Por otro lado, el riesgo se entiende como “características del sistema que pueden ser gestionadas y que dependen de sus propias decisiones, por lo que pueden ser controladas y predecibles” (Urquiza, Campos, Cortés, Cárdenas y Palacios, 2018, p.24).

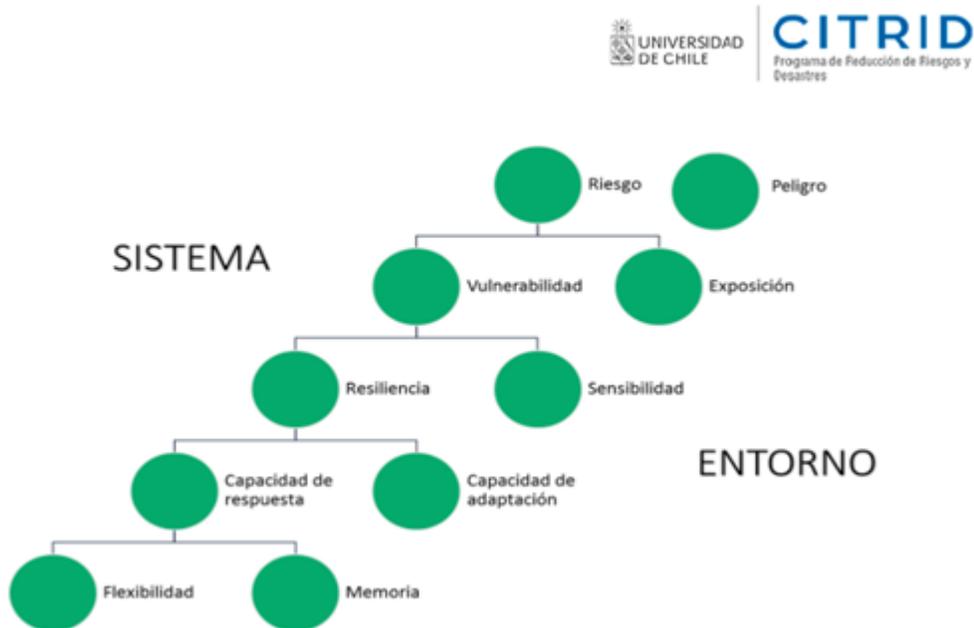
Si se observa el riesgo como un fenómeno más complejo, se puede entender como una combinación entre el número de personas que ocupan un espacio, y la cantidad de tiempo que se encuentran expuestas ante un evento extremo; caracterizándose de este modo a las personas según sus distintos grados de vulnerabilidad (Urquiza, et al., 2018).

Existen dos categorías que contribuyen al análisis del riesgo: exposición y vulnerabilidad. La primera tiene que ver con un sistema que se encuentra expuesto a la amenaza de un desastre siconatural y la segunda hace referencia a los elementos del sistema que se ven afectados por el impacto o daño que tiene una amenaza, dependiendo del grado de exposición a ella. De esta manera, la vulnerabilidad se constituye como un factor de riesgo y, junto a la exposición, se posicionan como condicionantes del nivel de riesgo al que se encuentra sujeto un sistema (Lavell, Narváez y Pérez, 2009).

La teoría general del riesgo propone un análisis sobre el riesgo ante desastres siconaturales, entendiéndolos como construcciones sociales que emergen ante la manifestación de fenómenos que pueden ser naturales y/o antrópicos, y que se transforman en amenazas cuando se dan en contextos de vulnerabilidad (Mardones en Urquiza, et al. 2018). Se entiende el riesgo como un fenómeno susceptible de ser controlado y predecible, porque se relaciona con una toma de decisiones que depende y que debe tener en cuenta los parámetros de peligro, exposición y vulnerabilidad.

Así, desde esta lectura, la pandemia COVID-19 podría entenderse como un desastre siconatural en el cual hay elementos naturales, en tanto que el virus es un peligro perteneciente al mundo biológico. Pero también hay factores sociales que inciden, ya que el riesgo frente a este fenómeno tiene que ver tanto con el contagio de este virus como con las condiciones sociales que generan una exposición mayor o menor frente a esta amenaza. De esta forma, el análisis del riesgo frente a la pandemia involucra todos estos factores y es necesario que la toma de decisiones para enfrentarla los considere, ya que este fenómeno ha agudizado las condiciones de vulnerabilidad de algunas poblaciones, donde por ejemplo, algunas personas no tienen asegurado su acceso a la alimentación.

Figura 1: Teoría general del riesgo



Fuente: Urquiza et al. (2018) Dinámica del riesgo: Una teoría transdisciplinaria para observar desastres siconaturales. Programa de reducción de riesgos y desastres.

De acuerdo a la figura 1, la teoría general del riesgo ajustada por los parámetros de la distinción luhmanniana de sistema/entorno, cuenta con una serie de relaciones necesarias que sirven para observar analíticamente el riesgo. Esto es relevante en tanto que esta teoría contribuye al análisis del riesgo en contexto de pandemia COVID-19, cómo ha impactado y cómo se han enfrentado sus consecuencias. En el presente trabajo, son las experiencias de ollas comunes las que permitirán observar estas relaciones, que serán explicadas a continuación.

La exposición tiene que ver con la ponderación contextual del riesgo y su respectiva vulnerabilidad, donde los desastres se ubican en la intersección de dos fuerzas: la amenaza natural y la vulnerabilidad social. El riesgo entonces se debe comprender como una combinación compleja entre número de personas que ocupan espacios y tiempos de exposición a eventos, caracterizados por sus diferentes grados de vulnerabilidad.

La vulnerabilidad se compone de la sensibilidad y la resiliencia, donde la sensibilidad tiene que ver con los aspectos del sistema que lo hacen más o menos susceptible a las dimensiones de exposición respecto de los peligros. Por su parte, la resiliencia es la capacidad que tiene el sistema para resistir, absorber, adaptarse y recuperarse de los efectos de los peligros a los que tiene sensibilidad, por lo que son características propias del sistema y no de lo externo.

La resiliencia se divide entre la capacidad espontánea del sistema de reaccionar a la exposición frente a un peligro - capacidad de respuesta o reacción - y en su capacidad reflexiva de adaptarse a los cambios que podrían afectar al sistema en el futuro: capacidad adaptativa (Urquiza y Cadenas, 2015 en Urquiza et al., 2018).

Dentro de la capacidad adaptativa se encuentran los intentos de dirección del sistema derivados del entorno, donde juegan un rol importante la memoria y el aprendizaje del sistema, donde se encuentra también su capital cultural y la flexibilidad de su estructura interna. La memoria le permite a la flexibilidad aprender del pasado y la capacidad adaptativa le permite al sistema proyectarse hacia el futuro (Norberg & Cumming, 2008 en Urquiza et al., 2018).

Desde el enfoque de riesgo, se sostiene que al observar el futuro desde el presente, se consideran los elementos pasados que pueden ser relevantes (Urquiza, et al., 2018). En adelante, se entenderá que al aludir a capacidad de respuesta, se referirá a lo inmediato y por otra parte, al hacer mención de la capacidad de adaptación tiene que ver con el largo plazo y se vincula a los conceptos de planificación y perspectiva.

La memoria se entenderá como la manera de aprender del pasado y, por ende, incentivar las capacidades adaptativas y de respuesta, potenciando la resiliencia. Es por esto que se busca, mediante la acción de la memoria, la reacción de la resiliencia, es decir, a partir de la acción de la memoria no solo se trata de recordar las experiencias pasadas, sino que de aprender de ellas de manera de prevenir, prepararse y mitigar situaciones de peligro. Así, al referirse al concepto de resiliencia también se alude al aprendizaje, transformación de estructuras y de autotransformación.

De esta manera, dentro de las ollas comunes como estrategias de resiliencia, se dan estas relaciones, aplicando las características y capacidades que las sustentan. Por lo tanto, a través de estas experiencias es posible hacer un análisis del riesgo respecto del contexto de pandemia COVID-19, donde se consideren los elementos presentados recientemente, en tanto que, de acuerdo a la definición conceptual que se ha hecho, las ollas comunes además se pueden caracterizar como un factor de riesgo, puesto que en ellas hay una intersección de la amenaza natural que es la exposición al virus y de la vulnerabilidad social que se expresa en las necesidades básicas que no están garantizadas.

2.2 Enfoque de la resiliencia

Desde esta perspectiva, se posiciona a las personas y a las comunidades como agentes activos y no como agentes pasivos víctimas de un desastre (Moreno, 2018). Así, las ollas comunes se constituyen como una expresión de esta posición de agencia que tienen las comunidades frente a un desastre siconatural. En este sentido, si observamos lo que ocurre en contexto de pandemia, las comunidades se movilizan y se hacen cargo de la situación cuando se ven enfrentadas a necesidades como las que se presentan en la emergencia sanitaria, cuando no se tienen las condiciones que permitan tomar todas las precauciones para evitar el contagio, como cumplir con las cuarentenas, por ejemplo.

Una comunidad puede ser entendida como una entidad social que significa más que el número de personas que se localiza en un territorio. Son individuos que mantienen relaciones humanas y económicas entre sí, comparten ideas, valores, costumbres, metas, instituciones y servicios con distinto grado de conformidad y de conflicto. Estas variables son determinantes tanto de la fortaleza y vulnerabilidad, y asimismo, inciden en el impacto social de los desastres y catástrofes y en la capacidad de afrontamiento, recuperación y transformación posibles (Uriarte, 2010).

En esta línea, la acción comunitaria se trata de procesos organizativos que implican a los sujetos individuales y colectivos - actores sociales - que tienen algún tipo de relación con el territorio, que toman conciencia y pueden tomar decisión para transformar y mejorar sus condiciones de vida (Cortés y Llobet, 2006 en Vargas, Pérez y Aldunce, 2018).

Desde esta perspectiva, la resiliencia comunitaria sería “la capacidad del sistema social para responder y recuperarse de un desastre e incluye las condiciones inherentes que permiten que el sistema absorba los impactos y haga frente a un evento, así como al evento posterior” (Moreno, Lara y Torres, 2019, p.377)

Esto tiene que ver también con las condiciones inherentes referidas a las capacidades o recursos de una comunidad para enfrentar dicho suceso (Moreno y Shaw, 2019). Entonces, se entiende a la resiliencia comunitaria como la capacidad adaptativa para hacer frente al disturbio, intentando contrarrestar los efectos negativos. Aquí la comunidad actúa dando la primera respuesta en el periodo más crítico del suceso, durante las horas iniciales luego de ocurrido, donde la respuesta externa puede ser limitada o inexistente, por lo tanto, las comunidades con sus recursos y capacidades pueden contrarrestar el impacto negativo del suceso y resistir frente a las adversidades mediante sus capacidades adaptativas y sus capacidades de afrontamiento, reduciendo su vulnerabilidad ante los desastres mediante esfuerzos colectivos y estratégicos que permitan incrementar su resiliencia (Moreno et al., 2019).

A través de capacidades que emergen para hacer frente a los desastres - como organización, participación, cooperación, conocimiento local y confianza - la resiliencia puede actuar disminuyendo las vulnerabilidades de las comunidades, mediante una mayor preparación y asegurando una recuperación más rápida, previniendo y salvando vidas. Aquí, la memoria colectiva y la transmisión de conocimientos sobre sucesos pasados a las nuevas generaciones también son elementos importantes para tener una mejor preparación frente a estos eventos (Moreno, 2018; Moreno et al., 2019).

Así, para el presente caso, la activación de la resiliencia comunitaria se expresa en las ollas comunes, que tienen como objetivo satisfacer la necesidad de alimentación disminuyendo la vulnerabilidad que ha sido agudizada a partir de las consecuencias de la pandemia. Esta activación se da, además, en tanto que las ollas comunes son experiencias que se han conocido históricamente por algunas comunidades en otros contextos donde han debido también hacerse cargo de estas necesidades.

2.3 Pandemia COVID-19 como desastre sicionatural

Considerando lo anteriormente expuesto, profundizar en la comprensión de la pandemia COVID-19 como un desastre sicionatural con sus características particulares, nos conducirá a nociones que permiten problematizar cómo es que las ollas comunes transitan entre el ámbito de la resiliencia comunitaria y del riesgo. En este sentido, Lavell y Lavell (2020) sostienen:

El COVID-19 es claramente diferente en su concepto básico y modo de existencia a un desastre asociado con amenazas físicas más tradicionales. Sin embargo, el

COVID-19 obviamente es un desastre si aceptamos la definición básica de desastre como una interrupción severa de la vida cotidiana, rutinaria, debido a la exposición a un evento de amenaza, en condiciones de vulnerabilidad y falta de capacidad (pp.3-4).

De esta forma, el COVID-19 y la pandemia asociada se podría calificar como un desastre, que se ha expresado a escala global, nacional, regional y local. Al mismo tiempo, este desastre se expresa en la salud - a nivel individual y en los sistemas de salud - y también tiene impactos sociales y económicos. El COVID-19 también coincide con la definición de desastre en tanto que sus impactos y efectos son la materialización de condiciones de riesgo preexistentes, las cuales se explican por la existencia de: (1) una amenaza, la probabilidad de infección del virus y el desafío que la enfermedad presenta al desarrollo económico y social, (2) la exposición al virus y los impactos que podría tener a la salud, los controles sobre su propagación y las posibles consecuencias económicas y sociales de ello, (3) la vulnerabilidad de un individuo o grupos sociales a los efectos del virus y a las consecuencias económicas y sociales a raíz de los controles de propagación. De esta manera, la noción de amenaza se podría utilizar en el contexto del virus y de la enfermedad asociada, mientras que la noción de desastre o catástrofe en el contexto de la pandemia y de sus consecuencias económicas, o sea, un desastre sanitario y un desastre socioeconómico, respectivamente (Lavell y Lavell, 2020).

A diferencia de los desastres tradicionales, los brotes virales no tienen un espacio o territorio delimitado, sino que tienen “exposiciones en movimiento”. De esta manera, si no hay un límite territorial, el territorio de acción del virus es tan extenso como las acciones humanas que determinan su transmisión. Así, el transporte del virus depende principalmente de los seres humanos y de las diferentes estructuras que fomentan esta exposición, tales como los sistemas nacionales e internacionales de viaje y el transporte urbano masivo, por ejemplo. De esta forma, el territorio de exposición del COVID-19 es todo el planeta y junto con ello lo es el riesgo y la magnitud de los problemas que se asocian a él a nivel de salud, economía y sociedad en general. Esto es un punto de definición muy importante respecto de la exposición al virus: “Una persona está expuesta en la medida en que su comportamiento y el de los demás la promueven. Hay pocos aspectos de la exposición que derivan de la característica del virus en sí” (Lavell y Lavell, 2020, p.23).

Los autores se posicionan desde el paradigma de la construcción social, entendiendo que:

El riesgo de desastres y sus componentes se construyen a través de la acción y las prácticas humanas y al mismo tiempo están sujetos a interpretación de acuerdo con diferentes mentalidades y puntos de vista humanos. Es decir, la sociedad construye tanto el riesgo, como su interpretación (Lavell y Lavell, 2020, p.15)

Este análisis corresponde a una visión social de la construcción del riesgo de desastres, donde al igual que terremotos y huracanes, los virus también son elementos del mundo natural. En todos estos casos, el riesgo y sus componentes de amenaza, exposición y vulnerabilidad, y los impactos relacionados con desastres, son esencialmente construidos por la sociedad. Por ello, las sociedades, sus estructuras de gobierno y sus formas de

governar influyen en los niveles de impacto y en la recuperación posterior a ese impacto. El virus es el mismo en cualquier parte del mundo, pero las sociedades sufren y responden de forma diferenciada a él - así como a otros desastres - por lo que son los diferentes procesos sociales los que conducen a diferentes expresiones de los riesgos.

Desde esta lectura, una interrupción en el funcionamiento rutinario de la sociedad debido al impacto de este evento podría calificar como desastre. Incluso, la pandemia y sus efectos podrían calificar como catástrofe, ya que este término refiere a situaciones ante las cuales, las organizaciones que hacen frente a emergencias y desastres ven superadas sus capacidades. De esta manera, la pandemia del COVID-19 podría ser una catástrofe en aquellos contextos en que los sistemas de salud pública y los servicios de emergencia se han visto altamente estresados (Lavell, Mansilla, Maskrey y Ramírez, 2020).

Lavell y Lavell (2020) señalan que en el caso del COVID-19 no se producen pérdidas físicas y daños - más allá del número de personas enfermas y muertas - pero los impactos económicos y sociales son altos, tales como el creciente desempleo, la pérdida de ingresos, de producción, entre otros. Lo que incide en mayor medida en estos impactos son las medidas de distanciamiento social que promulgan los gobiernos y cómo ello impacta en el empleo, producción, ingresos y ganancias. Por lo tanto, a diferencia de los desastres más comunes, el gobierno tiene un impacto inmediato en los niveles de pérdidas y daños a la economía y a la sociedad.

Los autores identifican dos tipos de efectos de la pandemia: directos e indirectos. Los efectos directos refieren a aquellos impactos en la vida cotidiana de las personas, las familias, empresas y servicios públicos. Son aquellos que se relacionan directamente con la existencia de la enfermedad, sin considerar las condiciones impuestas por los gobiernos. Estos son diferentes a los que genera un desastre tradicional - pérdida de casas, carreteras, infraestructura en general -. En el caso del COVID-19, los impactos directos se vinculan a enfermos, muertos, consumo de suministros médicos y medicamentos, pero también tienen relación con facetas no físicas: el temor a contagiarse, estrés psicológico, pérdida de empleo e ingresos, baja productividad, etc.

Por otra parte, los efectos indirectos están condicionados por la acción, normativa y control que ejercen los gobiernos y autoridades y que influyen en el comportamiento humano y el funcionamiento de las diferentes estructuras familiares, sociales, económicas, a nivel nacional y global. Es decir, son consecuencia de acciones que tienen un objetivo de salud y que influyen en el funcionamiento económico y social.

2.3.1 Factores de vulnerabilidad frente a la pandemia COVID-19

Lavell y Lavell (2020) sostienen que “el riesgo al que se enfrenta una población, persona u otra unidad social o económica cuando se enfrenta a una amenaza, está mediado por lo que se han llamado ‘factores de vulnerabilidad’” (p.19). Son aquellos que influyen en la afectación de personas por el COVID-19 y también en las repercusiones que tiene en la economía y sociedad. Señalan que los niveles de afectación se explican por vulnerabilidades intrínsecas y vulnerabilidades socialmente adquiridas, ya que una vez que ya hay exposición, los daños y pérdidas pueden interpretarse en términos de la enfermedad

como tal y el impacto en el individuo afectado, y también en términos de los impactos en el bienestar, los ingresos, los medios de subsistencia y la economía en su conjunto.

La vulnerabilidad intrínseca corresponde a condiciones inmutables que son parte constitutiva del individuo afectado, resultado de sus condiciones y procesos internos. Tiene relación con la influencia de la genética en el funcionamiento del sistema inmune, los niveles de susceptibilidad a enfermedades. Tipo de sangre, sexo y edad también son factores que podrían afectar en la incidencia del virus. Por otra parte, la vulnerabilidad socialmente adquirida, considera los factores de riesgo asociados a la condición de salud de un individuo de acuerdo a su acceso a servicios de salud, sus decisiones como ser humano a lo largo del ciclo vital y a las imposiciones, costumbres y prácticas de sus familias. Dentro de esto podemos encontrar los hábitos alimenticios presentes y pasados, actividad física, historial de problemas de salud mental, entre otros y también se encuentra estrechamente vinculado a los determinantes sociales de la salud (Lavell y Lavell, 2020). En principio, los factores intrínsecos se podrían encontrar en cualquier persona, sin considerar características económicas, sociales o culturales. Sin embargo, cuando estas condiciones se vinculan con falta de acceso a alimentos, a servicios, a atención de salud, baja calidad de vida, existe una estrecha relación entre la clase social, capacidad y vulnerabilidad, ya sea en el caso de un virus o de cualquier otra amenaza física tradicional.

De esta forma ocurre que los acontecimientos de mayor magnitud en condiciones de menor exposición y vulnerabilidad pueden dar lugar a impactos mucho menores que cuando las poblaciones altamente vulnerables y sus activos están expuestos a eventos de magnitudes mucho menores. Con las amenazas físicas y el COVID-19, las vulnerabilidades socialmente adquiridas son más frecuentes y graves en general en los grupos de población más pobres, excluidos y marginados y para quienes la protección social es más discriminatoria y menos disponible. En este sentido, la vulnerabilidad adquirida y sus causas conducen a comprender que es en el contexto de clases sociales, medios de vida, ingresos y empleo donde la vulnerabilidad se construye y opera de manera más profunda (Lavell y Lavell, 2020).

Para contener la expansión del COVID-19, la opción ha sido reducir la exposición porque el riesgo está sujeto a los factores intrínsecos ya existentes y los factores socialmente construidos desarrollados antes. El riesgo y la materialización de este en un tiempo particular sólo se originan si hay una población expuesta a los posibles efectos de una manifestación física de la amenaza. En el caso del COVID-19 esto es la exposición al virus en sí, ya que su naturaleza amenazante está determinada por la existencia de exposición y vulnerabilidad a sus efectos negativos. De esta forma, siendo ya expuestos al virus, el destino de las personas queda en manos de sus condiciones de vulnerabilidad, ya que no fue posible implementar medidas de alerta temprana que fueran a corto plazo. A partir de esto, los autores abren la pregunta de: “¿a quién beneficiarán y contra quienes discriminarán?” (Lavell y Lavell, 2020, p.25).

De esta forma, si lo que se quiere es reducir la exposición para controlar la propagación del COVID-19, es necesario enfocarse en los factores causales que influyen en la exposición,

o sea, dirigir la atención hacia una noción de vulnerabilidad y su impacto en el grado de exposición, y no en la vulnerabilidad respecto al evento físico en sí.

Lavell y Lavell (2020) sostienen que en este caso, la reducción de la exposición tiene que ver con dos ámbitos: el aislamiento y distanciamiento físico de las personas y las medidas de higiene personal y ambiental. Afirman también que las causas fundamentales que influyen en los factores de exposición al virus se deberían considerar en la reducción del riesgo de desastres y crisis en general. Dentro de las condiciones sociales, económicas, culturales y políticas que propagan la exposición y que son más específicos de pandemias y epidemias, se identifican: (I) la clase social de los individuos, prácticas económicas, sus medios de vida y los grados de informalidad, exclusión y marginación, (II) la información que se difundió respecto a que los adultos mayores corren el mayor riesgo, pudiese haber impactado en el comportamiento de grupos más jóvenes y de los mismos mayores, (III) un tipo de aversión de un segmento más joven de población a cumplir con las medidas de distanciamiento social.

Dentro de la gestión del riesgo de desastres se ha hecho hincapié en que poblaciones pobres, excluidas, informales y con ingresos bajos inevitablemente se ven obligados a vivir en condiciones de riesgo cotidiano y por lo tanto, una situación de desastre permanente. Afirman que el riesgo tiene una naturaleza socialmente estratificada y que pobres, excluidos, y quienes sufren desigualdad corren más riesgo que otras personas frente al virus y frente a amenazas más tradicionales (Lavell y Lavell, 2020).

De esta manera, frente a situaciones de vulnerabilidad y condiciones de vida precarizadas, donde los intentos por subsistir se convierten en la prioridad para las poblaciones, prevenir la exposición al COVID-19 probablemente pasa a ser una preocupación menor. Así, ocurre que en este contexto en el que estas condiciones de vulnerabilidad se agudizan, la necesidad de alimentarse, por ejemplo, se vuelve más urgente que los intentos por no contagiarse del virus y contraer alguna enfermedad, y es en la intersección de todos estos factores donde se encuentran las ollas comunes como estrategias de subsistencia.

2.4 Ollas comunes como estrategia de subsistencia

2.4.1 Aspectos históricos de las ollas comunes en Chile

Bernarda Gallardo (1985) afirma que el hambre ha acompañado al pueblo chileno a lo largo de toda la historia. Esta se ha encontrado detrás de las diferentes movilizaciones sociales y tras las organizaciones de subsistencia que se han desarrollado. El hambre ocupa un lugar central en la calidad de vida, que se encuentra estrechamente ligada al progreso social. Esto porque el hambre no sólo es la falta de alimentación adecuada, sino que configura situaciones de pobreza que sufre parte importante de la población a nivel global. Hambre y pobreza ponen en cuestión la subsistencia, la reproducción de la población, la forma en que se estructura la economía, la producción, el acceso a bienes, los mecanismos de participación y los fundamentos ético-políticos que estructuran la sociedad, ya que “si hay hambre y pobreza, la sociedad no parece estar organizada de manera de garantizar la vida de todos, sino en función de criterios y valores de exclusión social” (p.2). De esta forma, el hambre corresponde a un problema nacional y no uno personal, familiar o de un grupo de la población.

La autora escribe con el propósito de avanzar en la comprensión histórica del problema del hambre y las respuestas populares frente a él en el contexto chileno, en donde se encuentran las ollas comunes. Afirma que hasta entonces no se había profundizado en los orígenes y desarrollo de esta forma colectiva, pero que se podía comprobar que las ollas comunes habían surgido ante tres tipos de situaciones: (1) dentro de la historia del movimiento obrero, la creación de ollas comunes como una actividad que acompañaba las paralizaciones de trabajo de los sectores asalariados, (2) las “ollas del pobre” como una iniciativa gubernamental durante el período de Arturo Alessandri (1932-1938) respondiendo a un contexto de crisis económica luego del término del ciclo del salitre y de la crisis mundial de 1929, (3) las que aparecen con las movilizaciones de tomas de terrenos a fines de los años 40 y que se instalan con mayor fuerza en los años 60, las cuales surgen para responder temporalmente a la necesidad de comer de las familias que participan en la toma, mientras se organiza el campamento y se levantan las carpas o mediaguas que ocupan de forma provisoria. Así, la sobrevivencia es un asunto que se ha imbricado al ámbito privado y responsabilidad de cada familia, lo cual en el caso de las familias populares depende de la obtención de salario.

2.4.2 Ollas comunes en contextos de crisis políticas y de desastres en Chile

En distintas producciones se pueden encontrar experiencias de ollas comunes en Chile en diferentes contextos, en donde destacan aquellas que surgen en contexto de crisis política, como la dictadura cívico-militar y en contextos de desastre socionatural.

Respecto al régimen militar, Gallardo (1985) afirma que el desarrollo de la olla común se presenta tanto en forma de continuidad como de ruptura con respecto a las ollas comunes que habían existido anteriormente. Coexisten algunas de las formas del pasado mientras que emerge un nuevo tipo de olla común. Estas parten siendo como las anteriores, pero implican rupturas con respecto a las condiciones sociales y políticas en las cuales se desarrolla. Implican romper con la tendencia a la atomización y desmovilización social que busca instaurar el modelo de dominación de la época. Se transforman así en un instrumento de denuncia y creación de lazos de solidaridad y fraternidad.

Por otra parte, Labra (2015) sostiene que, en contextos como el terremoto acontecido el 27 de febrero del año 2010 [27F] emergen formas de autoorganización local tales como comités de vigilancia, comité de catastro de pérdidas y establecimiento de ollas comunes. Estas emergen como una de las primeras respuestas comunitarias de solidaridad y apoyo frente a un Estado y gobiernos locales con una insuficiente o inexistente capacidad de respuesta inmediata frente a un evento de esta magnitud.

Asimismo, Aravena y Sandoval (s/f) señalan que durante las primeras horas de emergencia no se generó una respuesta adecuada y oportuna a la crisis de servicios y conectividad que se generó con este evento. Sin embargo, y aunque no se le dio el reconocimiento, la solidaridad que se expresó a través de iniciativas por parte de organizaciones, redes, grupos de amigos, voluntariados, fue vital. Así, diversas iniciativas autogestionadas surgieron de grupos y personas que desde la primera semana empezaron a coordinar acciones de ayuda para los damnificados, siendo una de ellas la generación de ollas comunes.

En el caso de los megaincendios de Valparaíso en el año 2014, Araya, Mena, Morales y Rojas (2015) identifican organizaciones territoriales que emergen producto de este evento y donde estudiantes y pobladores adoptan un rol central. Una de las estrategias utilizadas por estas organizaciones fue la creación de comedores populares que realizaban ollas comunes para alimentar y reunir a los vecinos. Experiencias similares se pueden encontrar en el terremoto de 1960, el terremoto de 1985 y el aluvión del 25 de marzo en 2015 [25M], entre otros (Serrano, 1987; Jiménez, 2017; Alvarado, Pradenas, Yáñez, Cuadra y Sandoval, 2019).

De acuerdo a lo expuesto anteriormente, se entiende que los desastres socionaturales - donde podemos considerar la pandemia por COVID-19 - afectan de forma diferenciada de acuerdo a la capacidad de respuesta y la vulnerabilidad de la población. En este sentido, es relevante considerar que tal como afirma Hardy (1987) la pobreza se va transformando y en el caso de la pobreza urbana, esta adquiere una expresión territorializada en una fisonomía de una ciudad segregada, caracterizándose por el deterioro de las condiciones de vida de los habitantes, la tendencia a la localización de sectores sociales pobres en ciertas áreas delimitadas de la ciudad y la tendencia a fracturar la vida cotidiana de los grupos humanos empobrecidos de la rutina diaria que vive el resto de la sociedad. Existe una distinción consolidada entre comunas ricas y pobres, entre los incluidos y los excluidos. Y es esta caracterización territorializada de la pobreza la que permite explicar que existan prácticas sociales que emergen para enfrentar estas condiciones, en tanto que el lugar de residencia de quienes habitan la ciudad tiene significados en su supervivencia material y simbólica.

De esta forma, serían estos sectores los que se encuentran en mayores condiciones de vulnerabilidad y que se verían más afectados en situaciones de desastre socionatural. Son también estas comunidades las que desarrollan sus capacidades de resiliencia a través de estrategias de subsistencia que les permitan sobrevivir ante este tipo de eventos, tales como las ollas comunes.

METODOLOGÍA

En primer lugar, se realizará un breve análisis del contexto situacional chileno en relación a la pandemia por COVID-19. Para ello, se tendrán en cuenta algunos elementos del modelo Disaster and Resilience of Place [DROP] propuesto por Cutter, Barnes, Berry, Burton, Evans, Tate y Webb (2008), el cual se caracteriza por trabajar principalmente con los conceptos de vulnerabilidad y resiliencia.

Para desarrollar este análisis se utilizarán principalmente fuentes secundarias, tales como documentos de instituciones como la Organización Mundial de la Salud [OMS] e instituciones gubernamentales. Además, se accederá a estudios y estadísticas que permitan caracterizar brevemente el territorio: Atlas de Indicadores Espaciales COVID-19 del Centro Producción del Espacio [CPE] (2020), Índice de Calidad de Vida Urbana de la Cámara Chilena de la Construcción [CChC] (2019) y algunos datos de la Fundación SOL.

Además, a través de experiencias de ollas comunes recopiladas mediante una revisión no exhaustiva de prensa y medios televisivos - reportajes y entrevistas presentadas en algunos canales que se transmiten en el país (ver Cuadro 1) -, se potenciará esta discusión

incorporando la mirada de organizadores/as de ollas comunes y personas que asisten a ollas comunes para satisfacer su necesidad de alimentación en algunos sectores del Gran Santiago. Al referenciar estas experiencias, se identificará a las personas como: Persona organizadora de olla común y Persona que asiste a olla común, respectivamente.

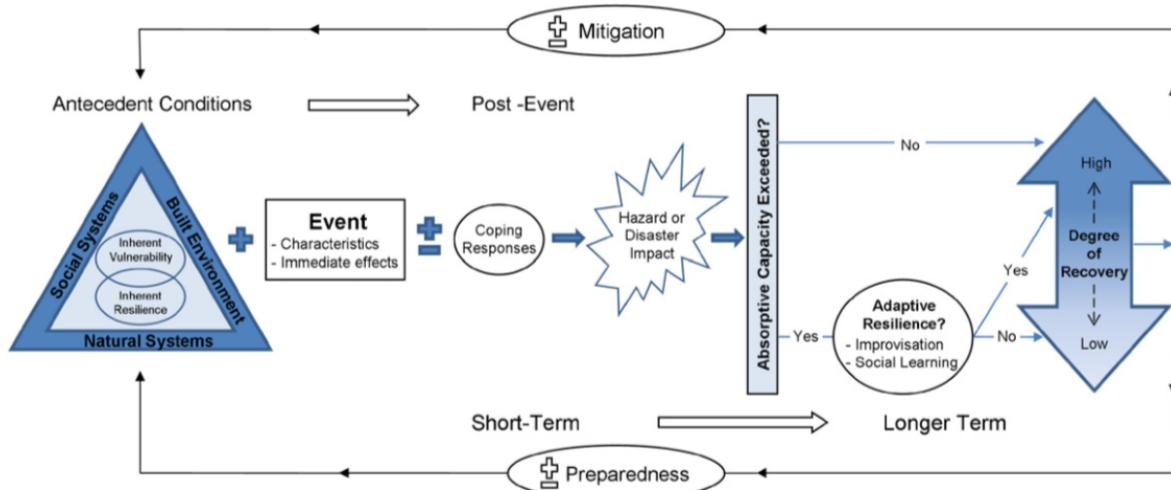
Esta recopilación se hizo a través de la búsqueda de ‘Olla común’ y ‘Ollas comunes’ en las páginas web de estos medios y se seleccionaron aquellas correspondientes a experiencias que se han generado en las zonas sur, suroriente y/o surponiente del Gran Santiago y que en este caso, corresponden a las comunas de Puente Alto, La Pintana, La Granja, San Ramón y El Bosque. Además, se incluye una entrevista a una organizadora de olla común transmitida por uno de estos canales.

Cuadro 1: Noticias y reportajes sobre ollas comunes utilizados en el análisis

Nombre noticia/reportaje	Canal en el que se emitió
El testimonio de Cristián que organiza olla común en La Granja: "Sufrió hambre, hoy reparto comida"	Mega
Cuarentena total en Santiago dispara el hambre y las ollas comunes vuelven en lo que llega la ayuda del Estado	CNN/CHV
Mary Ann Müller y ollas comunes en pandemia: "Hay que compartir para que las personas puedan pasar esta crisis"	CNN
Vuelven a la calle las ollas comunes en medio del coronavirus	TVN
Muchas en la Región Metropolitana: Aumentan las ollas comunes para enfrentar la crisis	TVN
[Video] Reportajes T13: Las ollas comunes en Bajos de Mena	Canal 13
[Video] "Las Priscillas": Vecinas solidarias de La Pintana organizan olla común	Canal 13

Es pertinente utilizar el modelo DROP, ya que se pretende caracterizar el contexto chileno y cómo estas condiciones conducen a determinadas respuestas frente a la emergencia sanitaria, dentro de las cuales podemos identificar las ollas comunes como una estrategia de resiliencia que surge desde las comunidades. Según Cutter et al. (2008) hay muchas comunidades diferentes dentro de los espacios geográficamente definidos y las subpoblaciones pueden tener diferentes niveles de vulnerabilidad y resiliencia, lo que podría desencadenar diferencias en la recuperación. Este modelo pretende capturar esas diferencias, poniendo el foco en el lugar y en las interacciones espaciales entre sistema social, entorno construido y procesos naturales.

Figura 2: Modelo Disaster and Resilience of Place [DROP]



Fuente: Cutter et al., 2008, p. 602.

El modelo DROP considera las condiciones antecedentes propias del territorio previo al desastre, las cuales corresponden a vulnerabilidad inherente y resiliencia inherente. Los procesos inherentes - representados en los triángulos-, son producto de determinados factores, que pueden ser endógenos o exógenos, como por ejemplo, sistema social, sistema natural y entorno construido. En relación a lo anterior Cutter et al. (2008) hacen énfasis en el rol de la sociedad en la relación con el entorno. Sobre este punto radica la relevancia de considerar las condiciones antecedentes que caracterizan a los territorios previo a la ocurrencia del evento, en este caso, de la llegada de los primeros contagios del SARS-CoV-2 al país en relación con la forma en que se ha abordado socialmente.

Los autores proponen que vulnerabilidad y resiliencia son conceptos que se superponen, ya que hay características que influyen solo en la vulnerabilidad, otras solo en la capacidad de resiliencia de esta comunidad y también hay características que podrían influir en ambas. Surge el interés de incorporar estos elementos en el análisis, considerando que son las características territoriales y las condiciones de vida de las personas las que se traducen en situaciones de mayor o menor vulnerabilidad y en la expresión de estrategias de resiliencia comunitaria como las ollas comunes.

Así, las condiciones antecedentes del lugar interactúan con las características del desastre, generando determinados efectos inmediatos. Estas características incluyen la frecuencia, duración, intensidad, magnitud y velocidad, las cuales varían según tipo y ubicación del desastre. En este caso, las características de la pandemia son diferentes respecto de los desastres tradicionales, ya que el elemento central se encuentra en la expansión del virus y el contagio que puede conducir al desarrollo de síntomas y enfermedades de mayor o menor gravedad. Además, una de las particularidades de este desastre tiene que ver con que no posee espacio geográfico definido.

Los efectos inmediatos de este desastre pueden atenuarse o amplificarse de acuerdo a si hay o no acciones atenuantes y respuestas de afrontamiento en la comunidad, es decir, acciones que permiten a una comunidad responder de cierta forma a los impactos

inmediatos del desastre. Estas podrían incluir estrategias como planes de evacuación, creación de albergues, difusión de información, entre otras. Frente a la pandemia, es el gobierno el que ha adoptado este tipo de estrategias, como por ejemplo la cuarentena y, como ya se ha esbozado, la necesidad de alimentarse aparece como consecuencia del impacto del desastre y de diferentes estrategias del gobierno, y aunque esta necesidad no es el impacto directo de la amenaza del virus, sí tiene que ver con componentes sociales que conducen a estos efectos y las comunidades cuentan con respuestas para aquello, traducidas en las ollas comunes.

La capacidad de absorción de la comunidad es la capacidad de enfrentar los impactos utilizando estas respuestas de afrontamiento. El impacto total del desastre se da por la suma de las condiciones antecedentes, las características del evento y las respuestas de afrontamiento. Sin embargo, esta capacidad de absorción se podría ver excedida si el evento es tan grande que supera la capacidad local o si el evento no es tan grande, pero las respuestas de afrontamiento que posee la comunidad son insuficientes. Si se excede la capacidad de absorción, la comunidad podría ejercer la capacidad de adaptación y resiliencia adaptativa a través de la improvisación y el aprendizaje.

Este es un punto interesante de vincular con las ollas comunes en tanto que hay una (re)emergencia de ellas, donde a partir de la experiencia, las comunidades ejercen y expresan su resiliencia, adaptando además esta estrategia a las condiciones actuales.

El grado de recuperación se relaciona directamente con la capacidad de absorción de la comunidad, ya que si esta última no se excede, se alcanzan tasas más altas de recuperación. Los aprendizajes obtenidos en el proceso impactan en el potencial de desarrollar y transformar la preparación y la mitigación, lo cual es fundamental para poder afrontar en mejores condiciones un posible próximo evento de desastre. A partir de esto se visualiza parte de la pertinencia y la importancia de este trabajo, ya que el análisis de estas experiencias y de lo que sucede en el contexto actual, podría conducir a aprendizajes y desafíos que se puedan incorporar para el desarrollo de una mejor gestión del riesgo y también de esta capacidad de resiliencia de las comunidades expresada en este caso por las ollas comunes, que se han gestado a partir de experiencias anteriores y que se podrían potenciar y desarrollar a partir de los nuevos elementos que se incorporan a partir del contexto actual.

Así, a través de los elementos centrales del modelo DROP que se expusieron recientemente, se observará el contexto frente a la pandemia, poniendo el foco de análisis en una de las respuestas por parte de la comunidad: las ollas comunes como estrategia de resiliencia comunitaria. Además, - y volviendo a la premisa - se incorporará una mirada respecto al rol que han tenido las intervenciones gubernamentales y sus aspectos críticos, que también inciden en el impacto que tiene este desastre y en la necesidad que surge desde las comunidades por desarrollar estas estrategias de respuesta. De esta forma, se problematizará cómo es que estas experiencias se mueven en la paradoja entre riesgo y resiliencia comunitaria.

DISCUSIÓN

1. Pandemia COVID-19 y condiciones antecedentes del territorio

En este apartado se desarrollará un breve análisis contextual general de la pandemia COVID-19 junto con una mirada crítica de las respuestas institucionales del gobierno chileno, de manera de reconocer factores de vulnerabilidad y/o resiliencia que conducen a las personas a encontrarse en situación de mayor o menor riesgo y por tanto, verse en la necesidad de generar estrategias de respuesta comunitaria como las ollas comunes.

El SARS-CoV-2 es un virus altamente contagioso, lo cual hace que su expansión sea rápida. Además, tiene una duración importante en las personas que son contagiadas, siendo consideradas como pacientes sin riesgo de contagio luego de 14 días de presentar síntomas o de ser diagnosticados (Ministerio de Salud, 2020).

Considerando los elementos expuestos del modelo DROP, un antecedente relevante respecto de la vulnerabilidad es el conocimiento existente respecto a emergencias sanitarias de este tipo, puesto que, si bien epidemias y pandemias han acompañado a la humanidad desde sus orígenes, y que a partir de ello, se ha ido avanzando en materias de salud, la pandemia COVID-19 invita a abandonar las nociones de que todo está bajo control (Universidad de Chile, 2020). Además, no hay demasiado conocimiento respecto a cifras y gestión, considerando también que el SARS-CoV-2 es un virus nuevo y que ha sido necesario aprender su comportamiento y el impacto que puede tener la enfermedad asociada a éste en las personas.

Las condiciones antecedentes en los territorios son diversas, considerando que estas se traducen en situaciones de mayor o menor vulnerabilidad, y lo mismo ocurre con la resiliencia. De acuerdo a la Fundación SOL (2020) la pandemia ha dejado en evidencia problemas estructurales del país, como los bajos sueldos y pensiones, altos niveles de endeudamiento, costo de vida y desigualdad de ingresos. Basándose en datos de la OCDE, sostienen que Chile sería uno de los tres países latinoamericanos más desiguales con el 50% de trabajadores ganando 400.000 pesos chilenos o menos mensualmente y con un 75,4% de hogares endeudados. El economista Marco Kremerman en Fundación SOL (2020) refiere a que esta situación en la cual los hogares chilenos trabajaban y no podían llegar a fin de mes, y de sectores medios precarizados, altamente endeudados y morosos, empeoró con la pandemia, generando lo que él denomina como un escenario de sobreprecariedad.

Una dimensión relevante también es que la distribución territorial de la ciudad genera dificultades para unos y beneficios para otros, lo que tiene relación directa con una ciudad que se ha pensado de manera desigual, y porque está pensada para concentración de capital, de ingresos y segregación (Valentina Saavedra en Fundación SOL, 2020).

Dentro de la misma línea, el Centro Producción del Espacio [CPE] (2020) sostiene que las medidas de contención destinadas a aplanar la curva de contagios por COVID-19 tienen relación con la planificación urbana. Sin embargo, en Chile esta está desarticulada y la organización de la ciudad se desarrolla de manera fragmentada, por lo que, en este contexto de pandemia, el sistema de gobernanza se somete a un fuerte estrés. Esta

institución desarrolla el “Atlas de Indicadores Espaciales COVID-19”, un estudio cuantitativo que busca identificar estos espacios de vulnerabilidad en ciudades chilenas, entendiendo que para contribuir en generar escenarios preventivos para el COVID-19 en Chile, es relevante contar con información que permita identificar las zonas urbanas de riesgo de contagio o donde la población es más vulnerable.

Para ello, se realiza un estudio de espacios residenciales vulnerables al contagio y de espacios que atraen población, activando la movilidad urbana y los procesos de interacción. Los indicadores se realizaron utilizando datos del CENSO 2017 y consideran: Concentración de Adultos Mayores, Precariedad de la Vivienda, Hogares en Situación de Hacinamiento, Vulnerabilidad Socioeconómica Crítica, Índice de Vulnerabilidad de los hogares para el COVID-19, identificando los hogares más vulnerables al COVID-19 - este último señala los sectores urbanos donde la vivienda es más vulnerable para enfrentar el aislamiento social y el invierno en el contexto de la expansión de la pandemia-. Finalmente, se considera un Índice de especialización y atractores, que determina aquellos sectores urbanos donde se identifican espacios destinados a la educación, comercio y centros de empleo.

De acuerdo al Índice de Vulnerabilidad de los hogares para el COVID-19 - en el cual se conjugan los otros indicadores - se observa que hay una gran cantidad de hogares con alta vulnerabilidad frente al COVID-19 y se concentran hacia los sectores sur, suroriente, surponiente y norponiente del Gran Santiago. En contraste, los hogares del sector oriente - principalmente nororiente - presentan un índice de vulnerabilidad que tiende a ser medio bajo. Para complementar esta información, se puede mencionar que los indicadores de viviendas precarias, de hacinamiento y de vulnerabilidad socioeconómica presentaron una distribución similar a la expuesta. Por otra parte, la distribución de concentración de personas mayores tiende a ser más homogénea a lo largo del Gran Santiago (Centro de Producción del Espacio, 2020)

Finalmente, sobre las comunas que aparecen en la recopilación de experiencias de ollas comunes, encontramos que respecto al Índice de Calidad de Vida Urbana [ICVU] (2019) - que considera los indicadores de Vivienda y entorno, Salud y medio ambiente, Condiciones socioculturales, Ambiente de negocios, Condición laboral y Conectividad y Movilidad - y, tomando en cuenta la distribución de éste en rangos: superior, promedio e inferior, La Granja se encuentra dentro del rango promedio, mientras que Puente Alto, La Pintana, San Ramón y El Bosque se encuentran en un rango inferior.

Se grafican entonces territorios más vulnerables frente a situaciones de riesgo constante y que en contexto de pandemia, lo están en mayor medida y es esto en conjunto con la respuesta gubernamental que se presentará a continuación, lo que conduce al desarrollo de estrategias de resiliencia que les permitan subsistir.

2. Respuesta gubernamental de protección social ante COVID-19

Desde los primeros contagios por COVID-19 en Chile registrados en marzo de 2020, el gobierno comienza a establecer medidas de prevención, cuidado y restricción de movilidad para frenar la propagación del virus. Las medidas sanitarias que el Gobierno de Chile sugiere para prevenir el contagio se encuentran incluidas dentro del Plan de Acción por

Coronavirus (Secretaría de Comunicaciones - MSGG, 2020). Dentro de este y en paralelo a estas medidas de carácter sanitario, se atiende a la urgencia de tomar medidas en el área de Protección Social que permitan subsistir durante este contexto de emergencia y respondiendo a las necesidades de algunos grupos de la población que se encuentran en mayor situación de vulnerabilidad.

Dentro del ámbito de protección social se encuentran las medidas expuestas en la Figura 3.

Figura 3: Síntesis de medidas de Protección Social del Gobierno de Chile

Medida	Descripción
Ingreso Familiar de Emergencia	Apoyo financiero para los hogares que se hayan visto más afectados por las consecuencias de la pandemia
Ley de Protección del Empleo	Medidas que tienen como objetivo proteger la estabilidad de los ingresos y los puestos de trabajo durante la crisis que se genera a raíz de la pandemia
Bono COVID-19	Aporte financiero con el cual se busca apoyar a las familias más vulnerables ante la crisis económica que se genera por COVID-19
Apoyo para trabajadores independientes	Medidas tributarias que tienen como objetivo el alivio de trabajadores independientes.
Plan Solidario de Conectividad	Conexión gratuita a internet gratis a clientes de los hogares más vulnerables del país. Tiene una duración de 60 días.
Subsidio Ingreso Mínimo Garantizado	Apoyo económico para trabajadores que reciben sueldos bajos.
Renegociación de deudas	Mecanismo que tiene como objetivo el acuerdo de nuevas condiciones de pago para los acreedores
Cotizador de Productos Básicos por Coronavirus	Herramienta del Servicio Nacional del Consumidor [SERNAC] que permite cotizar y comparar precios de productos básicos

Fuente: creación propia a partir de datos de Ministerio Secretaría General de Gobierno (2020)

La relevancia de considerar estas medidas en el análisis radica en que la necesidad de alimentación está estrechamente ligada a los ingresos que las familias perciben y en el área de protección social se encuentran algunas directamente vinculadas a aquello, tales como el Ingreso Familiar de Emergencia - que hasta la fecha ha contado con seis pagos para las familias más vulnerables - y el Bono COVID-19.

Adicionalmente, hay una medida dirigida a los adultos mayores, y que corresponde al “Bono de Invierno”, un beneficio económico dirigido a pensionados. Por otra parte, otras medidas vinculadas a ingresos económicos y que se han dirigido a sectores medios de la población son: Bono Emergencia Para la Clase Media, Préstamo Estatal Solidario y Subsidio al Ingreso Mínimo Garantizado (Red de Protección Social, 2020)

Por otra parte, de forma paralela y como parte de la Red de Protección del Plan de Acción por Coronavirus, el gobierno anuncia en mayo el programa “Alimentos para Chile” e inicia una primera repartición de canastas con productos de alimentación y de higiene que llegarían al 70% más vulnerable de la población. Estas primeras cajas contenían los siguientes productos: dos bolsas de 1 kilo de harina de hornear, dos bolsas de 1 kilo de azúcar granulada, tres paquetes de 400 gramos de fideos, tres paquetes de 400 gramos de

tallarines, dos bolsas de 1 kilo de arroz largo, una caja de 100 bolsitas de té, dos latas de 170 gramos de atún, una botella de 900 cc de aceite vegetal, seis pack de 200 gramos de salsa de tomate, 1 kilo de legumbres, 1 kilo de leche en polvo, dos latas de 425 gramos de jurel natural, un envase de 125 gramos de sal fina yodada, una bolsa de 250 gramos de puré de papas deshidratado, una bolsa de 250 gramos de mermelada, un litro de jabón líquido, un litro de detergente. Esta primera etapa concluye el 4 de julio habiendo alcanzado a un número de 2,6 millones de familias dentro de todo el territorio nacional (División de Organizaciones Sociales, 2020).

El 12 de julio se anuncia una segunda entrega de canastas que se dirigiría a 3 millones de familias vulnerables y de clase media. Esta vez se realizaron modificaciones respecto al aporte proteico y de carbohidratos de los alimentos. Además, se añaden productos de cuidado personal, tales como toallas femeninas y preservativos. Esta entrega dispuso de unidades operativas que debían entregar las cajas de forma preferente a las familias de personas que hayan sido diagnosticadas con COVID-19. Así se buscaba garantizar el mayor resguardo posible a la población, ya que las cajas se entregaban directamente en los hogares para que las personas no tengan que salir (CNN Chile, 2020).

Así, se visualiza como los ingresos y la necesidad de alimentación se consideran directamente como un elemento relevante que abordar por parte del gobierno. Sin embargo, estas respuestas poseen aspectos críticos que les hacen ser insuficientes frente a la complejidad de este contexto y las condiciones antecedentes de los territorios.

2.1 Aspectos críticos de la respuesta gubernamental

Sobre el Ingreso Familiar de Emergencia [IFE] el economista Marco Kremerman en Fundación SOL (2020) señala que hay tres aspectos problemáticos y en los que falla: tiene graves problemas de cobertura, el monto es insuficiente y hay una focalización extrema que dejará a cientos de miles de familias sin recibir el beneficio. Por otra parte, cabe mencionar que debido a las insuficientes respuestas vinculadas a los ingresos que perciben las familias, se hizo necesario recurrir a los ahorros previsionales de las personas con un primer proyecto de retiro del 10% de las Administradoras de Fondos de Pensiones [AFP] y un eventual segundo retiro que se encuentra actualmente en discusión en el Congreso.

Respecto al programa “Alimentos para Chile” es interesante problematizar algunos elementos, ya que es un beneficio que pretendía responder directamente a la necesidad de alimentación y que nos permite esbozar con mayor claridad el panorama que conduce a la reemergencia de ollas comunes. Desde algunos municipios se advirtió respecto de la lentitud en la entrega de las cajas de alimentación y cómo podría ir aumentando la ansiedad y frustración de las familias al saber que van a recibir alimentos, pero que pasa el tiempo y eso aún no ocurre (Alcaldesa La Pintana, Renca, La Cisterna en CNN Chile, 2020).

Por otra parte, existió poca claridad respecto de los criterios de entrega de estas cajas de alimentos. El gobierno central traspasó la responsabilidad a los gobiernos locales - municipios - para hacer estas entregas de acuerdo a sus propios criterios respecto del territorio, sin embargo, al no haber líneas claras se producen márgenes de error, tales como la lentitud de entrega y la disparidad de criterios. Esto es problemático en tanto que, al ser un beneficio no universal y que tiene una capacidad limitada, es importante que haya una

estrategia de distribución que asegure que llegue a quienes realmente lo necesitan. En este sentido, se puede mencionar, por ejemplo, el caso de una diputada que recibió una caja de alimentos¹, lo cual conduce a cuestionarse respecto de los criterios y la forma de priorizar en función de las necesidades reales de la población.

Otra situación problemática fue la filtración de un instructivo para la entrega de las cajas de alimentos², el cual hacía énfasis en aspectos comunicacionales y en, por ejemplo, hacer difusión a través de redes sociales destacando la imagen del presidente Sebastián Piñera. Los protocolos de entrega debiesen centrarse en lo importante en este contexto: una logística que acelere la entrega de alimentos y contar con los resguardos necesarios para prevenir el contagio durante su ejecución, y por tanto, el ámbito comunicacional debe pasar a segundo plano.

El programa “Alimentos para Chile” es una respuesta directa a la necesidad de alimentación, y se vuelve insuficiente en tanto que es bastante limitado al considerar que su contenido no es suficiente para familias numerosas y que es una solución a corto plazo. Se han realizado únicamente dos entregas, en el mes de mayo y julio respectivamente, sin embargo, la necesidad de alimentación persiste en el tiempo al igual que la pandemia y sus consecuencias.

3. Re(emergencia) de ollas comunes: activación de estrategias de resiliencia comunitaria y la paradoja frente al riesgo

Teniendo presente lo anterior, un factor de resiliencia inherente de las comunidades se expresa en las ollas comunes que se han constituido como una estrategia de subsistencia de la población chilena en distintos momentos de la historia. Son experiencias que las comunidades han adquirido y que permanecen en la memoria. Es así como en el contexto actual, (re)emergen frente a la necesidad de alimentación que se agudiza con los efectos económicos y sociales que trae la pandemia del COVID-19. El hambre y la necesidad de subsistir se han conocido históricamente y los aprendizajes provienen de estas experiencias anteriores. Así, las ollas comunes se adaptan a las condiciones particulares de esta pandemia. Por lo tanto, esta estrategia de resiliencia comunitaria se enfrenta a la paradoja de también constituirse como un riesgo de contagio, puesto que el virus es el peligro que se encuentra presente cotidianamente y, como afirman desde la Universidad de Chile (2020) “cuando se preparan grandes cantidades de comida, se debe considerar que la contaminación producida por virus, bacterias y agentes químicos, entre otros, puede impactar a un gran número de personas” (p.3).

¹Ver: Natalia Castillo recibió caja de alimentos destinada a familias más vulnerables: “No sé con qué criterio se reparten”. Disponible en: https://www.cnnchile.com/pais/natalia-castillo-caja-alimentos-familias-vulnerables_20200612/

² Ver: FOTOS| Filtran instructivo del gobierno para entrega de cajas de alimentos: “Siempre se debe valorar al presidente”. Disponible en: <tps://www.eldesconcierto.cl/nacional/2020/06/09/fotos-filtran-instructivo-del-gobierno-para-entrega-de-cajas-de-alimentos-siempre-se-debe-valorar-al-presidente.html>

Así, las ollas comunes se deben adaptar a las condiciones actuales, ya que tanto para quienes las organizan y quienes deben asistir a ellas para recibir alimentación, esto supone un riesgo considerando que una de las medidas de cuidado más relevantes para prevenir el contagio del virus es evitar el contacto físico mediante el distanciamiento.

Como se había expuesto en apartados anteriores, emergen formas de llevar a cabo estas iniciativas a través de recomendaciones, protocolos y/o manuales de ollas comunes seguras, emanados desde instituciones y de las mismas organizaciones territoriales que desarrollan este tipo de estrategias.

Esto es una clara expresión de las relaciones que se establecieron dentro del marco conceptual, en tanto que hay intentos de orientar la acción vinculados directamente con la interacción con el entorno. Además, aquí juega un rol muy relevante la memoria, aprendizaje y flexibilidad de los sistemas, ya que hay aprendizaje del pasado y además una capacidad adaptativa que permite transformaciones actuales y proyecciones hacia el futuro. Lo que ocurre es que se activa la resiliencia, y a través de la memoria, flexibilidad y capacidad de adaptación, es posible recurrir a elementos pasados que se pueden aplicar en el presente y también adaptar según las condiciones actuales, a través procesos de transformación de estructuras ya que se vuelve necesario adaptar estas experiencias de acuerdo a los cuidados necesarios para prevenir el contagio del virus, lo cual además genera aprendizaje que puede ser útil en el futuro.

Retomando las nociones vinculadas a la distribución territorial, los sectores sur, suroriente y surponiente del Gran Santiago presentan índices de riesgo frente al COVID-19 más altos que los de otros sectores. Sin embargo, es en los primeros donde se puede encontrar una mayor concentración de ollas comunes, lo cual también responde a que son estas mismas comunas las que tienen condiciones de vulnerabilidad que se han exacerbado con la pandemia y sus efectos. Esto además tiene directa relación con la insuficiente respuesta que ha entregado el gobierno chileno para estos sectores de la población. Al respecto, desde Fundación SOL (2020) se sostiene que “en Chile la escuálida respuesta del gobierno ante la debacle económica obliga a la población más vulnerada a levantar ollas comunes para poder comer” (párr. 1).

Si bien las ollas comunes tienen un alto valor histórico y son expresión de resiliencia comunitaria, ya que emergen de la experiencia, del rol que han tenido para la subsistencia de la población chilena y del aprendizaje que se ha desarrollado para eventos que han ido sucediendo posteriormente, son estas mismas comunidades las que se encuentran en una situación de vulnerabilidad mayor. Por lo tanto, estas condiciones de vulnerabilidad que ya existen a partir de la forma en que se ha estructurado la sociedad, y en este caso, particularmente en la ciudad, se ven agudizadas tanto porque el riesgo en pandemia tiene que ver con la exposición al virus, como porque se vuelve necesario salir a conseguir alimentación a las ollas comunes.

El riesgo de contagio y las sucesivas medidas para enfrentarlo traen consigo el riesgo que supone no contar con alimentación diaria. Hay una adhesión de ambos, ya que en la necesidad de contener la expansión del virus, inseparablemente aparece la necesidad de alimentación, entramándose un doble riesgo que se expresa en las ollas comunes, donde

la alimentación es puesta en un primer plano, porque se pone en juego la subsistencia de las personas.

Esta paradoja entre riesgos y resiliencia se puede observar de una forma más gráfica a partir de algunas experiencias recopiladas a través de la prensa. En ellas se han identificado tres elementos centrales: (3.1) la organización como factor de resiliencia, (3.2) la pandemia y la falta de condiciones que permitan cuidarse del contagio junto con la incertidumbre que genera el hambre, y (3.3) el rol gubernamental frente a las condiciones de vulnerabilidad.

3.1 Organización como factor de resiliencia comunitaria

Como se señaló anteriormente, las ollas comunes son una estrategia de resiliencia de las comunidades. En este sentido, uno de los elementos relevantes es la organización que permite llevarlas a cabo. Acerca de esto, organizadores/as y vecinos/as destacan que son las mismas personas las que impulsan estas iniciativas sin necesidad de ayuda externa. Al respecto se sostiene que:

“Es muy fácil armar una olla porque tenemos la voluntad de nuestros vecinos, tenemos la organización y tenemos la necesidad” (Persona Organizadora de olla común 1 en Reportaje de Tele13 Canal 13, 2020)

Además, se destaca la espontaneidad de estas iniciativas y cómo estas personas que se involucran tienen la intención de que nadie se quede sin un plato de comida, es decir, como base está la idea de llegar a todas las personas que lo necesiten, lo cual expresa un sentido de comunidad y la relación que establece la comunidad con su territorio.

De esta forma, es posible ver cómo se cruzan los factores de vulnerabilidad y las necesidades, junto con las capacidades que poseen las comunidades para poder enfrentar las consecuencias de esta interacción, donde el riesgo aumenta. Por lo tanto, al presentarse la situación de riesgo, las comunidades reaccionan espontáneamente, a través de estrategias en las cuales se puede destacar su capacidad de organización, la cual juega un rol importante en la activación de resiliencia.

3.2 Pandemia: carencia de condiciones básicas y la incertidumbre del hambre

Es en este punto en donde nace la paradoja, ya que, si bien hay elementos de organización, de experiencia y memoria que hacen que estas estrategias surjan casi espontáneamente, esto ocurre porque hay otro factor que aparece - y que existe desde las condiciones de vulnerabilidad - con más fuerza aún: la necesidad de alimentarse y de subsistir. Al respecto, las personas manifiestan que no todas las personas tienen las condiciones para enfrentar esta pandemia. Señalan que hay necesidades y que la gente está pasando hambre, cuando la comida no debiese faltarle a nadie. Esto es lo que manifiesta una persona que organiza ollas comunes en la comuna de La Granja:

“Está la pandemia. También está la pandemia social. Pero más terrible la pandemia del hambre. La gente tiene hambre y no sólo lo dice de la boca pa’ fuera, sino que de la boca pa’ dentro no entra nada” (Persona Organizadora de olla común 2 en Reportaje de Mega, 2020)

Sostienen que esta es una realidad que viven las personas pobres, que la falta de trabajo ha llevado a que en poco tiempo las personas pasen hambre y que no existen las condiciones mínimas para poder quedarse en la casa y cumplir con las medidas que buscan contener los contagios, tales como las cuarentenas. Al respecto se señala:

“Difícil mantener una cuarentena cuando no hay plata, cuando hay niños y hay que buscar recursos para poder darle de comer a los hijos. Muy difícil. (Persona que asiste a olla común 1 en Reportaje de 24horas TVN, 2020)

Así, emerge la paradoja entre riesgo y resiliencia, ya que las personas saben que es necesario cumplir con medidas que contribuyan a prevenir los contagios. Sin embargo, como se expresa a través de sus palabras, no existen las condiciones que permitan cumplir con aquello. De la misma forma, reconocen que organizar y participar de ollas comunes supone un riesgo de contagio, tal como lo manifiesta una organizadora de olla común en la comuna de Puente Alto:

“Estamos tratando de mantener toda la higiene posible para no contaminar a nuestros vecinos y también obviamente sabemos que nosotros nos estamos arriesgando a esto al dar el plato de comida, pero la verdad es que tenemos que hacerlo, no nos queda de otra” (Persona Organizadora de olla común 2 en Reportaje de 24horas TVN, 2020)

Aquí se ve cómo, pese a que el riesgo de contagio está siempre presente, porque es un contexto de emergencia sanitaria, el hambre emerge como una necesidad más urgente que satisfacer. También se observa de forma reiterada que las personas deben asistir a las ollas comunes porque hay una enorme incertidumbre y temor respecto del futuro, tal como queda expresado en las siguientes afirmaciones de personas que viven en San Ramón y Puente Alto, respectivamente:

“Si no tenemos trabajo no podemos pagar nuestras cuentas, no podemos pagar el arriendo, no tenemos pa’ comer, no podemos pagar nuestra mercadería, nuestro sustento. Por lo menos con la comida que ellos nos dan nos podemos sostener hoy día, mañana quizás, tal vez” (Persona que asiste a olla común 2 en Reportaje de 24 horas TVN, 2020)

“Es que si no nos mata el COVID, nos mata el hambre” (Persona Organizadora de olla común 3 en Reportaje de Tele13 Canal 13, 2020)

Así, se refleja cómo la necesidad de alimentación se vuelve más importante y urgente, en tanto que es la subsistencia de las personas lo que se encuentra en riesgo. Aparece entonces, la idea del hambre como una necesidad que se antepone al contagio del virus a partir de la incertidumbre que genera respecto de la sobrevivencia.

De la misma manera, las ollas comunes también son en sí mismas una gran incertidumbre, ya que se sostienen diariamente en función de las donaciones y el apoyo externo que reciban, por lo que existe la posibilidad de que no puedan funcionar de forma sostenida en el tiempo o que no tengan suficientes recursos que permitan alimentar a todos los vecinos que lo requieran, tal como se observa en la siguiente afirmación:

“De verdad que es una desesperación cuando te llegan audios de mamitas preguntando si va a haber o no va a haber comida para ella y sus hijos. Tenemos casos de verdad de

extrema vulnerabilidad, de extrema hambruna ahí en lo que es Nocedal 3” (Persona Organizadora de olla común 4 en Reportaje de 24horas TVN, 2020)

Así, se reconoce que existen condiciones de vulnerabilidad que deben ser atendidas para poder hacer frente a una pandemia. En este caso, son las mismas comunidades las que se están haciendo cargo de aquello, en vez del gobierno. Los/as organizadores de ollas comunes se muestran también afectados y sienten una constante preocupación respecto de no poder continuar entregando alimentos a su comunidad, comunicando que:

“Nos da mucha pena cuando a los vecinos le tenemos que decir que no nos alcanza, que no tenemos más recursos” (Persona Organizadora de olla común 5 en Reportaje de 24horas TVN, 2020)

Como se había mencionado antes, iniciar la olla común no es difícil, sin embargo, sostenerla en el tiempo es lo que genera preocupación, la cual se puede observar en lo dicho por una organizadora de olla común en la comuna de Puente Alto:

“El problema es mantener la olla, o sea no podemos estar jugando con los sentimientos de nuestros vecinos, con las necesidades de ellos. Si armamos una olla, esto tiene que perdurar, no podemos decirle ‘ya, hoy día va a tener comida’, ¿y mañana? ¿y pasado? ¿y luego la otra semana?” (Persona Organizadora de olla común 1 en Reportaje de Tele13 Canal 13, 2020)

Se expresa entonces, la necesidad imperante de que existan estas iniciativas que permitan que las personas puedan alimentarse a diario. Las ollas comunes son una estrategia potente de resiliencia, sin embargo, las consecuencias que trae consigo la pandemia podrían llegar a desbordar esta capacidad de esta respuesta en términos materiales, ya que se necesita de la autogestión para poder sostenerlas y como ya se ha visto, en este contexto son estas mismas comunidades las que se ven con mayores dificultades en el acceso a recursos.

3.3 Intervención gubernamental frente a condiciones de vulnerabilidad

Finalmente, otro elemento que emerge es la importancia de que a partir de esta experiencia haya aprendizaje dentro de las intervenciones gubernamentales que sean acordes a las necesidades de las personas, en tanto que para el contexto actual ha sido insuficiente. Las condiciones de vulnerabilidad en las que viven las personas quedan patentes en lo que manifiesta una organizadora de olla común en Puente Alto:

“Tenemos mamás que bañan a sus hijos con botellas, eso en el siglo XXI ya no puede ocurrir con los niños. Los niños están desamparados aquí en Nocedal 1, 2 y 3. Eso es lo que necesitamos, que haya una intervención gubernamental, que nos ayuden, porque el municipio ya no da abasto” (Persona Organizadora de olla común 6 en Reportaje de 24horas TVN, 2020)

En este sentido, las necesidades que tienen las personas son amplias y traspasan el contexto de pandemia, no emergen ahora, y se relacionan con condiciones básicas con las que no cuentan y que con la emergencia se expresan con mayor fuerza. Como se había mencionado anteriormente, las condiciones de vulnerabilidad se encuentran a la base y

estas deben ser consideradas al momento de tomar decisiones y de generar intervenciones que vayan en pos de la protección social y la subsistencia de las personas tanto en condiciones normales como frente a contextos de desastre.

4. Entre riesgo y resiliencia comunitaria: mirando hacia la salida de la paradoja

Cuando se requiere que las personas cumplan con las medidas de confinamiento y de contención del contagio, es necesario que cuenten con las condiciones básicas que lo permitan. Sin embargo, se ha visto que hay sectores de la población que pueden cumplir con aquello y otros que no. La subsistencia de algunas personas se encuentra en riesgo debido a que viven en condiciones de mayor vulnerabilidad, por lo que las comunidades responden intentando cubrir sus necesidades. En este sentido, es importante enfatizar en que esas condiciones de vulnerabilidad existen previo a la ocurrencia de desastres y que estos las visibilizan.

Es posible observar que las comunidades activan su resiliencia a través de las ollas comunes -que expresan la paradoja-, aplicando sus capacidades a través de la organización y la adaptación de estas respuestas frente a un contexto en el cual se vuelve necesario tener cuidados que no se habían conocido en experiencias anteriores. Como quedó expresado, el riesgo de contagio permanece presente, pero las comunidades se ven enfrentadas a esta tensión en la cual se conjugan sus condiciones de vulnerabilidad, tener que hacer frente a un desastre siconatural y a sus consecuencias -especialmente el hambre y la incertidumbre que genera-, vinculadas también a un gobierno que ha generado una respuesta insuficiente en relación a la magnitud de ello.

Es así que se va generando un eslabón de riesgos que se relacionan de forma paradójica, en tanto que, cuando aparece la necesidad de cuidarse del contagio y expansión del virus permaneciendo en casa, aparece unida - inevitablemente - a la necesidad de alimentación y es esta unión la que no se puede dividir cuando las condiciones de vulnerabilidad del territorio generan que las personas vivan en condiciones precarizadas y por tanto, esta necesidad básica de subsistencia se convierta en un riesgo también. Esto genera una situación de doble riesgo, lo cual es problemático por lo que significa y también porque al encontrarnos en un contexto de pandemia que se ha desarrollado a los niveles que hemos visto, existe además la probabilidad de que esta cadena de riesgos siga sumando eslabones, por ejemplo, teniendo que acudir a un sistema de salud que se encuentre altamente estresado y no poder acceder a atención adecuada.

Al considerar el elemento de incertidumbre que emerge en relación al hambre y las ollas comunes, se visualiza la posibilidad de que la capacidad de absorción se vea desbordada por dos elementos. En primer lugar, las personas no pueden hacerse parte de las respuestas de afrontamiento establecidas por el gobierno, como las medidas de distanciamiento y las cuarentenas, ya que esta necesidad de alimentación les obliga a poner en acción sus capacidades de resiliencia y adaptación desde otra posición. Por otra parte, también se podría proyectar que estas capacidades se vuelvan insuficientes, respecto de la incertidumbre de poder sostener las ollas comunes en el tiempo, sumándose así otro eslabón a esta cadena de riesgos, ya que si bien las ollas comunes responden a la necesidad de alimentación y no a la amenaza de contagio del virus, se encuentran inmersas

dentro de este contexto mayor en el que todos estos factores y condiciones de vulnerabilidad se van entrelazando en torno a esta cadena de riesgos, y mientras más larga sea ésta, más robustas e integrales tendrán que ser las respuestas frente a ella, ya que es necesario hacerse cargo de todas sus aristas.

Así, es interesante problematizar lo que parece ser una paradoja sin salida, ya que si observamos las experiencias de ollas comunes no podemos dejar de observar ni el riesgo ni la resiliencia, vemos cómo ambos conviven al interior de esta estrategia. Sin embargo, la paradoja tiene un origen, un punto ciego que además permite que siga existiendo: no se están observando - y por tanto considerando en la intervención - las condiciones de vulnerabilidad que generan que los desastres socionaturales impacten de forma diferenciada a los territorios y que algunos sistemas se vean más amenazados que otros. Observar e incorporar estas nociones abren la posibilidad de salir de esta paradoja y generar estrategias complejas frente a escenarios complejos donde se ven involucradas las vidas de las personas.

Si todas las personas contaran con las condiciones básicas para hacer frente a un desastre de este tipo y para cumplir con las medidas de cuidado, la paradoja no se expresaría de esa forma y por tanto, aunque estas estructuras y condiciones de vulnerabilidad ya están establecidas, se visualizan posibilidades para desarrollar una mejor gestión, con un desarrollo adecuado respecto de la distribución del riesgo y respuestas efectivas a las necesidades de las personas en contextos de desastre socionatural y donde la paradoja no se encuentre recorriendo y habitando todos los espacios.

CONCLUSIONES

Para finalizar, y retomando la premisa que orientó el desarrollo de este trabajo, nos encontramos con que la (re)emergencia de ollas comunes durante la pandemia del COVID-19 se constituye como una estrategia de resiliencia comunitaria, que emerge ante los aspectos críticos de lo que ha sido la insuficiente respuesta gubernamental ante esta emergencia. Sin embargo, en su activación dentro del contexto actual, se convierten también en una experiencia con elementos de riesgo.

La observación de esta estrategia y de la paradoja nos conduce hacia su origen, que tiene que ver con las condiciones de vulnerabilidad y de resiliencia que poseen las comunidades para enfrentar eventos de desastres socionaturales, las cuales existen desde antes de la ocurrencia de estos fenómenos, sin embargo, con ellos se visibilizan con mayor fuerza al ser un contexto de emergencia. Es así como aparece el factor riesgo dentro de este conjunto de relaciones que contribuyen al análisis del riesgo.

Por otra parte, nos encontramos con que la resiliencia y la capacidad adaptativa permiten que estas estrategias se adapten a las condiciones que presenta el contexto actual, y por lo tanto, emergen las ollas comunes seguras y los diferentes manuales y protocolos que contribuyen al desarrollo de estas, para responder de forma más adecuada a las consecuencias de la emergencia sanitaria. De esta manera, se encuentra presente el factor de la resiliencia comunitaria y cómo esta se desarrolla incorporando aprendizajes pasados y adaptándose a la realidad actual.

Se observa a partir de esta paradoja y este conjunto de relaciones, que hay un trasfondo complejo que reside en las condiciones de vulnerabilidad y la insuficiencia de políticas de Estado que permitan enfrentar la complejidad de una situación de desastre socionatural.

El desarrollo de este trabajo es un aporte al área de Reducción del Riesgo de Desastres en tanto que nos permite observar con mayor claridad aquello que en contextos de “normalidad” se encuentra más invisibilizado y que, hoy - y en otros contextos de desastres - se expresa con mayor fuerza. Esto es relevante en tanto existen desafíos, posibilidades y además se vuelve necesario incorporar estas experiencias y problematizar estas paradojas y contradicciones a las que nos vemos enfrentados, de manera de que a futuro exista una mejor preparación frente diferentes escenarios, con una política de Estado integral y robusta que incorpore las características territoriales, y donde las comunidades sostengan un rol agente, pero que eso no signifique una mayor exposición.

Desde la mirada de Trabajo Social, es importante problematizar las condiciones que precarizan la calidad de vida de las personas y que en contextos de desastre las ponen en mayor situación de riesgo. Si se considera que a menudo, los daños más graves y duraderos de los desastres les ocurren a las personas pobres y otras poblaciones vulnerables, y considerando que Trabajo Social atiende cuestiones de justicia social, economía y ambiente, estos son asunto que le competen profesionalmente (Rogge, 2008). Es relevante que la profesión se posicione como protagonista dentro de la temática de Reducción del Riesgo de Desastres, desde la perspectiva de desarrollo social sustentable, donde desigualdad y marginación, entre otros elementos, hacen que sea un tema de estudio complejo (Pérez y Sánchez, 2018).

Como limitaciones de este trabajo se puede encontrar que, al estar enfocado en la relación paradójica entre riesgo y resiliencia comunitaria, no es posible abordar la complejidad y hacer mayor énfasis en las ollas comunes como estrategias de resiliencia comunitaria en sí misma y la relevancia de su rol en contextos complejos como la pandemia. Existen muchos elementos que se pueden rescatar de esta estrategia y que no tienen que ver sólo con su objetivo de alimentación, sino que con la organización, el sentido de comunidad y el desarrollo de herramientas, capacidades y actividades en otros ámbitos que serían un aporte para la Reducción del Riesgo de Desastres y para el rol de Trabajo Social en ello. Sin embargo, el abordaje de ello escapa a los objetivos de este documento.

Finalmente, es importante rescatar que desde la comprensión de la pandemia COVID-19 como un desastre socionatural, ésta nos devela aspectos que son importantes de trabajar. Se presentan desafíos para desarrollar una mejor gestión del riesgo, donde no haya que recurrir a políticas de gobierno de emergencia, sino que exista una respuesta estatal integral que incorpore las condiciones antecedentes de los territorios y donde las comunidades puedan mantener su rol de agencia, sin tener que exponerse a un riesgo por intentar enfrentar otro.

AGRADECIMIENTOS

A mi familia, por caminar conmigo durante todo este proceso, sobretodo en las noches largas y en las mañanas frías.

A las amigas que aquí encontré, que me han enseñado tanto sobre cariño y apoyo sincero. Me siento afortunada porque estamos y nos hemos acompañado hasta acá.

A mis compis de generación 2016 de Trabajo Social porque ha sido un proceso de crecimiento junto a personitas a las que admiro profundamente y de quienes he aprendido mucho sobre el apañe, compromiso, diálogo y las ganas de luchar y construir en conjunto.

A mis amiguitas, porque siempre me han querido con todo lo que soy y porque siempre han creído en mí, incluso más que yo misma.

A la profesora Jenny Moreno, por enseñar, acompañar y motivar siempre desde el cariño y la empatía, y por ayudarme a abrir mi mirada a nuevas posibilidades. A la profesora Gabriela Rubilar, con quien pude aprender muchas primeras cosas, adquiriendo herramientas y experiencias para este camino profesional. A la profesora Paula Vidal, por una conversación que tuvimos finalizando el año 2015 en una feria universitaria.

A todas las personas que me he encontrado y que han sido parte de mi formación y mi crecimiento, contribuyendo a hacer de mi proceso un espacio más bonito para recorrer.

BIBLIOGRAFÍA

24horas (2020) Muchas en la Región Metropolitana: Aumentan las ollas comunes para enfrentar la crisis [Video]. Recuperado de <https://www.24horas.cl/coronavirus/muchas-en-la-region-metropolitana-aumentan-las-ollas-comunes-para-enfrentar-la-crisis-4188285>

24horas (2020) Vuelven a la calle las ollas comunes en medio del coronavirus [Video]. Recuperado de <https://www.24horas.cl/coronavirus/vuelven-a-la-calle-las-ollas-comunes-en-medio-del-coronavirus-4122990>

Alvarado, R., Pradenas, C., Yañez, N., Cuadra, D. y Sandoval, J. (2019) Teorías subjetivas del comportamiento prosocial: significados, desarrollo y motivaciones de jóvenes voluntarios ante un desastre socionatural. *Liberabit*, 25(2), pp.251-266.

Aravena, S. y Sandoval, A. (s/f) Aportes de la perspectiva autogestionaria de la producción de hábitat en la reconstrucción en Chile. SUR Corporación de Estudios Sociales y Educación

Araya, J., Mena, F., Morales, M. y Rojas, A. (2015) Organizaciones comunitarias en contextos de desastre: la emergencia de un nuevo discurso de “lo político”. I Congreso Latinoamericano de Teoría Social. Instituto de Investigaciones Gino Germani. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Cámara Chilena de la Construcción [CChC] (2019) Presentación ICVU 2019. Recuperado de: https://www.cchc.cl/uploads/archivos/archivos/presentaci%C3%B3n_prensa_-_icvu_2019_-_07_mayo_2019_%28ok_-_2%29.pdf

Centro Producción del Espacio [CPE] Atlas de Indicadores Espaciales de Vulnerabilidad ante el COVID-19 en Chile. Facultad de Diseño, Arquitectura y Construcción, Universidad de Las Américas, Santiago de Chile.

CNN Chile (2020) Anuncian entrega de otros 3 millones de cajas con mercadería: Incluirán preservativos y toallas higiénicas. Recuperado de https://www.cnnchile.com/pais/entrega-3-millones-cajas-mercaderia-preservativos-toallas-higienicas_20200712/

CNN Chile (2020) “Le pido al gobierno que acelere sus capacidades”: Alcaldes advierten lentitud en la distribución de cajas con alimentos. Recuperado de https://www.cnnchile.com/pais/gobierno-acelere-capacidades-alcaldes-advierten-lentitud-distribucion-cajas-alimentos_20200525/

CNN Chile. (2020) Mary Ann Müller y ollas comunes en pandemia: “Hay que compartir para que las personas puedan pasar esta crisis” [Video]. Recuperado de https://www.cnnchile.com/lodijeronenn/entrevistas-covid-19-mary-ann-muller-ollas-comunes-en-pandemia_20200625/

CNN en Español (2020) Cuarentena total en Santiago dispara el hambre y las ollas comunes vuelven en lo que llega la ayuda del Estado [Video]. Recuperado de

<https://cnnespanol.cnn.com/video/santiago-pandemia-coronavirus-protestas-cacerolazos-hambre-chile-recesion-pkg-cristopher-ulloa/>

Colegio de Nutricionistas Universitarios de Chile (2010) Orientaciones Técnicas para Comunidades Organizadoras de ollas comunes y/o comedores populares. Comisión Aspectos Técnicos año 2020.

Cutter, S., Barnes, L., Berry, M., Burton, C., Evans, E., Tate, E. & Webb, J. (2008) A place-based model for understanding community resilience to natural disasters. *Global Environmental Change-Human and Policy Dimensions*, 18, pp.598-606.

División de Organizaciones Sociales [DOS] (2020) Gobierno anuncia nueva entrega de Alimentos para Chile que beneficiará a 3 millones de familias. Recuperado de: <https://dos.gob.cl/gobierno-anuncio-la-entrega-de-tres-millones-de-canastas-adicionales-del-plan-alimentos-para-chile/>

División de Prevención y Control de Enfermedades [DIPRECE] (2020) Recomendaciones clínicas basadas en evidencia. Coronavirus/COVID-19. Disponible en <https://diprece.minsal.cl/temas-de-salud/temas-de-salud/guias-clinicas-no-ges/guias-clinicas-no-ges-enfermedades-transmisibles/covid-19/descripcion-y-epidemiologia/>

Fundación SOL (2020) ¿Aguanta usted una cuarentena? Radiografía económica del hogar chileno que se enfrenta al Covid-19. Disponible en <https://fundacionsol.cl/blog/actualidad-1/post/aguanta-usted-una-cuarentena-radiografia-economica-del-hogar-chileno-que-se-enfrenta-al-covid-19-5939>

Fundación SOL (2020) Baja cobertura y reclamos por exclusión de beneficiarios: Las críticas a la letra chica del Ingreso Familiar de Emergencia. Disponible en <https://fundacionsol.cl/blog/actualidad-1/post/baja-cobertura-y-reclamos-por-exclusion-de-beneficiarios-las-criticas-a-la-letra-chica-del-ingreso-familiar-de-emergencia-6556>

Fundación SOL (2020) Condiciones de pobreza y desigualdad no permiten el confinamiento estricto. Disponible en <https://fundacionsol.cl/blog/actualidad-1/post/condiciones-de-pobreza-y-desigualdad-no-permiten-el-confinamiento-estricto-6555>

Fundación SOL (2020) Cuarentena en familias vulnerables: Cuando la pura voluntad no basta. Disponible en <https://fundacionsol.cl/blog/actualidad-1/post/cuarentena-en-familias-vulnerables-cuando-la-pura-voluntad-no-basta-6532>

Fundación SOL (2020) Efecto Covid-19: FAO advirtió posible aumento de inseguridad alimentaria severa en Chile. Disponible en <https://fundacionsol.cl/blog/actualidad-1/post/efecto-covid-19-fao-advirtio-posible-aumento-de-inseguridad-alimentaria-severa-en-chile-6554>

Fundación SOL (2020) La pandemia subraya los problemas por los que protestaban los chilenos. Disponible en <https://fundacionsol.cl/blog/actualidad-1/post/la-pandemia-subraya-los-problemas-por-los-que-protestaban-los-chilenos-6576>

Fundación SOL (2020) Las ollas de la dignidad. La autoorganización popular chilena frente a la crisis. Disponible en <https://fundacionsol.cl/blog/actualidad-1/post/las-ollas-de-la-dignidad-6557>

Fundación SOL (2020) Las tres razones por las que fracasará el Ingreso Familiar de Emergencia de Piñera. Disponible en <https://fundacionsol.cl/blog/actualidad-1/post/las-tres-razones-por-las-que-fracasara-el-ingreso-familiar-de-emergencia-de-pinera-6558>

Gallardo, B. (1985). El redescubrimiento del carácter social del problema del hambre: las ollas comunes. Santiago de Chile: FLACSO.

Hardy, C. (1987) Organizarse para vivir. Pobreza urbana y organización popular (2nd ed.). Santiago: LOM Ediciones.

Jiménez, J. (2017) Refugio preventivo para emergencias para salvaguardar a las personas de Puerto Saavedra las primeras 72 horas del impacto. Facultad de Arquitectura y Urbanismo, Universidad de Chile, Santiago de Chile.

Johns Hopkins Center for Systems Science and Engineering [CSSE](2020) Data Repository by Johns Hopkins Center for Systems Science and Engineering. John Hopkins University [JHU] Disponible en <https://www.arcgis.com/apps/opsdashboard/index.html#/bda7594740fd40299423467b48e9ecf6>

Labra, Ó. (2015) Estrategias de adaptación de las víctimas del terremoto de 2010 en Chile: reflexiones para la intervención social. Revista Internacional De Ciencias Sociales, 4(1), pp.63-73.

Lavell A. y Lavell C. (2020) El COVID-19: Relaciones con el riesgo de desastres, su concepto y gestión.

Lavell, A., Mansilla, E., Maskrey, A. y Ramírez, F. (2020) La construcción social del COVID-19 pandemia: desastre, acumulación de riesgos y políticas públicas

Lavell, A., Narváez, L. y Pérez, G. (2009) La Gestión del Riesgo de Desastres: Un enfoque basado en procesos. Lima, Perú.

Mega (2020) El testimonio de Cristián que organiza olla común en La Granja: "Sufrí hambre, hoy reparto comida" [Video]. Recuperado de <https://www.mega.cl/programas/muchogusto/mejores-momentos/105182-olla-comun-testimonio-la-granja.html>

Ministerio de Salud [MINSAL] (2020) Criterios para determinar a un paciente COVID-19 sin riesgo de contagio. Disponible en <https://www.minsal.cl/criterios-para-determinar-a-un-paciente-covid-19-sin-riesgo-de-contagio/>

Ministerio de Salud [MINSAL] (2020) Reporte diario 15 de noviembre de 2020. Disponible en https://s3.amazonaws.com/gobcl-prod/public_files/Campa%C3%B1as/Corona-Virus/Reportes/15.11.2020_Reporte_Covid19.pdf

Moreno, J. (2018) The role of communities in coping with natural disasters: Lessons from the 2010 Chile Earthquake and Tsunami. *Procedia Engineering*, 212, 1040-1045.

Moreno, J., Lara, A. y Torres, M. (2019) Community resilience in response to the 2010 tsunami in Chile: The survival of a small-scale fishing community. *International Journal of Disaster Risk Reduction*, 33, pp.376-384.

Moreno, J. & Shaw, D. (2019) Community resilience to power outages after disaster: A case study of the 2010 Chile earthquake and tsunami. *International Journal of Disaster Risk Reduction*, 34, 448-458.

Naciones Unidas (2015) Marco Sendai para la reducción del riesgo de desastres 2015-2030

Organización Mundial de la Salud [OMS] (1999) Plan de preparación para la pandemia de influenza. El Rol de la Organización Mundial de la Salud y Guías para la Planificación Nacional y Regional. Ginebra. Disponible en <https://www.who.int/csr/resources/publications/influenza/whoplanspanish.pdf>

Pérez, G. y Sánchez, L. (2018) La reducción de riesgos de desastres. Un campo de intervención para el Trabajo Social. *Revista Trabajo Social UNAM*.

Red de Protección Social (2020) Red de Protección Social. Disponible en <https://proteccionsocial.gob.cl/>

Rogge, M. (2008) The Future is Now: Social Work, Disaster Management, and Traumatic Stress in the 21st Century. *Journal of Social Service Research*. 30(2) pp.1-6

Secretaría de Comunicaciones - MSGG (2020) Paso a paso, nos cuidamos. Disponible en <https://www.gob.cl/pasoapaso/>

Secretaría de Comunicaciones - MSGG (2020) Plan de Acción Coronavirus. Información Oficial Gobierno de Chile: Preguntas Frecuentes. Disponible en <https://www.gob.cl/coronavirus/#:~:text=El%20%20ABper%C3%ADodo%20de%20incubaci%C3%B3n,torno%20a%20cinco%20d%C3%ADas>

Secretaría de Comunicaciones - MSGG (2020) Plan de Acción por Coronavirus <https://www.gob.cl/coronavirus/plandeaccion/>

Serrano, P. (1987) Autoconstrucción utilizando tecnologías socialmente apropiadas, en Chile. *Informes De La Construcción*, 39(390).

Tele13 (2020) "Las Priscillas": Vecinas solidarias de La Pintana organizan olla común. [Video]. Recuperado de <https://www.t13.cl/videos/nacional/priscillas-vecinas-solidarias-pintana-organizan-olla-comun>

Tele13 (2020) Reportajes T13: Las ollas comunes en Bajos de Mena [Video]. Recuperado de <https://www.t13.cl/videos/nacional/video-reportajes-t13-ollas-comunes-bajos-mena>

Universidad de Chile (2020) Chile bajo pandemias y epidemias: un poco de historia. Recuperado de <https://www.uchile.cl/noticias/162136/chile-bajo-pandemias-y-epidemias-un-poco-de-historia>

Universidad de Chile (2020) Recomendaciones para preparar alimentos seguros en comedores comunitarios de emergencia u ollas comunes. Guía N°1 Caja de herramientas serie: Aquí comemos todas y todos.

Uriarte, J. (2010) La resiliencia comunitaria en situaciones catastróficas y de emergencia. International Journal of Developmental and Educational Psychology. 1(1) pp.687-693. Recuperado de: <http://www.redalyc.org/pdf/3498/349832324073.pdf>

Urquiza, A., Campos, J., Cortés, J., Amigo, C., Cárdenas, M. y Palacios, G. (2018) Dinámica del riesgo: Una teoría transdisciplinaria para observar desastres siconaturales. Programa de reducción de riesgos y desastres. Chile.

Vargas, G., Pérez, S. y Aldunce, P. (2018) Aluviones y resiliencia en Atacama. Construyendo saberes sobre riesgos y desastres. Disponible en <http://repositorio.uchile.cl/handle/2250/170281>